

Relatos de Bibliotecas
Primer Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Andrea Kaiser Moro et al.

Relatos de Bibliotecas
Primer Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada

Granada
2012

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
RELATOS DE BIBLIOTECAS. PRIMER
CERTAMEN LITERARIO DE LA BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-5413-1.
Depósito legal: Gr./ 1.991-2012.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial, Motril, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Primer Premio:

Andrea Kaiser Moro

Accésits en orden alfabético:

Ángel Hita Albarracín

Marina Ortega Andrés

Alba Natalia Porras Segovia

Isabel María Rodríguez Rubio

**El Jurado de este Premio ha estado compuesto
por los siguientes miembros:**

Antonio Sánchez Trigueros,

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la UGR

Julia Olivares Barrero,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada
y Bibliotecaria de la Diputación de Granada.

María Isabel Cabrera García,

Directora de la Editorial de la UGR

Rocío Raya Prida,

Bibliotecaria de la UGR

Fernando de Villena,

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada y escritor.

Índice

Prólogo:	
Ficciones con libros y bibliotecas.....	11
<i>Antonio Sánchez Trigueros</i>	
Introducción	19
<i>M.^a José Ariza Rubio</i>	
Y nada más existe	23
<i>Andrea Kaiser Moro</i>	
Alas rotas, parches de papel	59
<i>Ángel Hita Albarracín</i>	
Historias de bibliotecas	93
<i>Marina Ortega Andrés</i>	

La biblioteca prohibida 119

Alba Natalia Porras Segovia

Nicoleta y el origen de la biblioteca 139

Isabel María Rodríguez Rubio

Antonio Sánchez Trigueros

Ficciones con libros y bibliotecas

Con motivo del Día del Libro de este 2012, la Biblioteca Universitaria ha convocado, con voluntad de continuidad, un premio literario que quiere ser homenaje al libro y homenaje a las bibliotecas, homenajes que, por otra parte, como tantas otras cuestiones, tienen un ilustre precedente en el propio *Quijote*, de Miguel de Cervantes, protagonista del día señalado. A este propósito hay que recordar que uno de los aspectos verdaderamente interesantes de esta magna obra narrativa es la especial atención que desde el texto se propone hacia la figura del *lector*. Así, la voz narrativa inicial, en un momento determinado, se presenta directamente

no como cronista sino, en primer lugar, como *lector* de supuestos e incompletos textos de “autores que deste caso escriben” o “autores desta tan verdadera historia”, y es el mismo narrador el que, desde los capítulos siguientes, nos va leyendo hasta su final, en la segunda parte, el relato arábigo de Cide Hamete Benengeli, según la versión castellana de un traductor debidamente contratado en su momento, en la que no deja de introducir en muchas ocasiones sus comentarios, correcciones y salvedades. Y aún de nuevo al final de la primera entrega el narrador aludirá a sus búsquedas lectoras en *memorias* y *archivos* manchegos.

En este sentido no deja de ser interesante la complicidad a que el narrador invita al *lector* en las páginas del prólogo de la primera parte, en que escenifica y anuncia la parodia como el procedimiento constructivo que va a utilizar en la narración del hidalgo, y ello además de animar al *lector* a ejercitar su libre albedrío y libertad de juicio en el acto de lectura del relato: “puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere”. Y bien que el lector los ejercitará para beneficio de una mayor trabazón de los materiales narrativos en la segunda parte de la novela.

Sin embargo, dejando aparte la voz compositiva del narrador, está claro que, entre otros muchos personajes lectores, el gran lector de la novela es el personaje del hidalgo, que trata de volcar imaginativamente sus experiencias lectoras sobre la vida real, con lo que, en primera o última instancia, se viene a proponer que el verdadero motor de la acción de toda la historia no es otro sino el acto mismo de la lectura con toda su fuerza, su potencialidad y su peligro. Es esta una alta consideración de la lectura que tendría que ver con su tiempo, pero, si bien es verdad que en el momento en que se publica la primera parte hace algo así como siglo y medio que se ha producido la invención de la imprenta, con la que se ha ampliado considerablemente el número de los lectores de libros, lo que más sorprende de *El Quijote* es esa atención especial al acto de la lectura en un momento en que el índice de analfabetismo atañía al ochenta por ciento de la población española, cifra que, por otra parte, no mejorará durante siglos. La intervención cervantina significaba, pues, todo un ejemplo y todo un programa de incitación a la lectura y su aprendizaje.

El Quijote es, pues, un libro de lectores, de libros, pero también de bibliotecas, y a este respecto el dato que me interesa destacar ahora, un dato que no lo considero baladí, es que el excéntrico hidalgo es propietario de una biblioteca de cien volúmenes, que le ha costado buena parte de su hacienda, una biblioteca importante y diversificada no ya sólo compuesta de literatura de caballerías sino también de lírica, de épica y de novela pastoril; y el dato se nos revela como muy significativo si comparamos este número de volúmenes con el de algunas bibliotecas conocidas de personalidades del siglo anterior o contemporáneas, según datos recogidos hace décadas por el hispanista francés Maxime Chevalier. Así, por ejemplo, la biblioteca de la reina Isabel la Católica contaba con doscientos cincuenta y tres volúmenes, la de Fernando de Rojas noventa y siete, la de Juan de Mal Lara setenta y cinco, la de Argote de Molina cuarenta y nueve, la de don Diego Hurtado de Mendoza, la más abundante, cuatrocientos treinta y dos y la de Velázquez ciento cincuenta y cuatro. Sin duda el dato es comparativamente importante, y no entro ahora en el significado del violento expurgo que el cura y el barbero perpetran,

destruyendo ese tesoro bibliográfico. Cierro ya estas consideraciones cervantinas, traídas aquí muy al caso, y paso a ocuparme de los resultados de la convocatoria de este premio universitario, en el que los participantes asimilaron bien la incitación temática que se proponía en las bases, que obligaba mucho a los escritores y que vino a formar parte de la propia construcción de casi todos los relatos presentados.

En primer lugar, los jurados de este nuevo premio literario nos llevamos una gran sorpresa en nuestra reunión inicial porque no esperábamos que en esta primera edición hubiese tal afluencia de participantes (exactamente sesenta y tres), y ello nos produjo una afortunada impresión. Se demostraba así el gran poder de convocatoria de la Biblioteca Universitaria, que dirige con entusiasmo y acierto María José Ariza, que en este caso había acogido con interés la propuesta de Rocío Raya, Bibliotecaria de la Facultad de Informática. Pero lo que sí esperaba el jurado, y así se confirmó, era la alta calidad media de los textos narrativos presentados, dada nuestra firme creencia en la capacidad creativa y literaria de muchos alumnos de los diversos ámbitos académicos

de nuestra Universidad. Y así se demostró, y ello nos obligó a una lectura detenida y contrastada del material participante, lo que desembocó finalmente, después de varias etapas selectivas de lectura, en la elección de los cinco relatos (reunidos en este volumen) que, a nuestro juicio, destacaban por su buena escritura, por su imaginación creadora, por su madurez literaria y por demostrar un gran bagaje de lecturas asimiladas con mucha originalidad en sus propuestas narrativas. Y de entre los cinco, el jurado decidió conceder el primer premio al titulado *Y nada más existe*, de la alumna de Comunicación Audiovisual Andrea Kaiser Moro, un magnífico relato que, a las virtudes ya citadas, añadía una clara e indudable madurez intelectual y un interesante dominio de los diálogos. En ella nos cuenta el desarrollo de unas relaciones de pareja a través de la apropiación y asunción de varios pasajes de la mejor literatura universal, donde sus protagonistas, Eva y Damián, además de irse conociendo mejor a sí mismos a través de sus lecturas, descubren sobre todo que “se quieren y desquieren por medio de los libros”; y todo ello compone una construcción de buen ritmo narrativo que acaba con un final

sorprendente, como corresponde idealmente a todo buen cuento o relato breve.

Como decía al comienzo de estas palabras, esta iniciativa bibliotecaria, que ha contado con el apoyo de la editorial alemana Springer y de la propia editorial de la Universidad de Granada, ha nacido con voluntad de continuidad, sobre todo después del éxito obtenido en esta primera convocatoria.

Antonio Sánchez Trigueros
Catedrático de Teoría de la Literatura
y Literatura Comparada

M.^a José Ariza Rubio

Introducción

Son cultos, profundos e inteligentes, y además son jóvenes, los nuestros, de la Universidad de Granada, de los que está orgullosa y los que son su razón de existir. La Biblioteca Universitaria de Granada quiere llegar a ellos de forma más contundente de lo que ya lo hace.

Cuando la bibliotecaria de la ETS de Ingenierías Informática y de Telecomunicación, Rocío Raya Prida, me presentó en proyecto de la creación, por parte de la Biblioteca Universitaria de Granada, de un Certamen Literario, para los estudiantes de la Universidad, enseguida nos pusimos manos a la obra pues comprendimos lo que esto supondría para la proyección de la

Biblioteca entre el alumnado y la promoción del arte de escribir entre los mismos.

Les propuse a la Editorial Springer y a la Editorial de la Universidad de Granada su colaboración en el proyecto y se prestaron a participar con entusiasmo. La editorial Springer dotando una cantidad económica para el primer premio, y la Editorial de la Universidad de Granada ofertando la publicación y distribución de una obra que contuviera el relato ganador del primer premio y los cuatro accésits.

Los miembros del Jurado Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación, Fernando de Villena, académico y escritor, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M^a Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria se han prestado desinteresadamente y con entusiasmo a desarrollar sus funciones.

Con todos estos ingredientes no es de extrañar que este Primer Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria de Granada haya constituido un éxito, no solo por la afluencia (63 relatos presentados), sino por la calidad de los mismos, de los que el primer premio y los cuatro accésits son la muestra.

Como Directora de la Biblioteca Universitaria solo me queda agradecer a todos los que han hecho posible este certamen que, espero, sea el primero de una larga serie que saque a la luz una generación de jóvenes escritores.

Granada, abril de 2012



Andrea Kaiser Moro

Y nada más existe

Andrea Kaiser Moro

Y nada más existe

I

*“Somos los hombres huecos
somos los hombres rellenos (...)”*

T.S. Eliot

Colgó el teléfono.

Cayó al suelo, como si acabara de morir.

Eva y Damián son pareja. De las que se cogen de la mano y se besan. La naturaleza de su amor tiene un componente elástico, como de muelle o cordón de goma; no se sabe cómo pero una realidad extensible los abarca ante

cualquier fuerza divergente. Eva y Damián son amantes. Se necesitan con sed mecánica. La ausencia del otro es el drama, una brecha igual a la falta de uno mismo. Ambos, si hay distancia, desaparecen; se hacen solubles en lo indiferenciado, se reúnen en lo que no son. Su amor es un espejo que les devuelve la imagen de sí mismos, un “*querer a*” que se autorreferencia. A Eva y Damián les envuelve una peculiaridad, y es que no pueden ser, al menos no del todo, Eva y Damián. Al menos no todo el tiempo. Son amantes vestidos de un amor plural y reversible, caleidoscópico, heterogéneo, como los que ya no se fabrican. Construyen su identidad en la mirada del otro, en un ejercicio de simbiosis y dependencia máximo. Además viven juntos y todo está bien.

¿Qué más se puede decir? El vigor de sus piernas, su juventud, los niveles de colesterol y los ciclos de sueño, todo correcto. Se miran con esa turbación que parece obligatoria en los enamorados. Viven bien, desayunan como es debido, no se consideran superiores al resto (aunque son conscientes de la unicidad de su amor) y devoran cultura. No viven entre grandes lujos pero pueden permitirse los placeres culturales y de autorrealización que suceden a

un buen plato de comida. No han viajado tanto como quisieran pero ya conocen más países que sus abuelos y, posiblemente, sus padres. Viven, en definitiva, entre los almohadones de la clase media y el placer de la fresca juventud. Se enorgullecen de su singularidad secreta.

Fueron amigos durante años. La atracción emergió de un trivial curso de escritura al que Eva y Damián, en calidad de amigos, se inscribieron. Todo transcurría con la inercia de las cosas que ocurren todo el tiempo, es decir con el ánimo del pasado que se reconduce en presente, todo igual y con insultante repetición. Como es propio de la vida en estos casos, y hasta se puede aludir a ciertas reglas biológicas o la emergencia de propiedades, la trivialidad dio a luz una singularidad perfecta. De esas por las que luego amantes, amigos y padres de todo el mundo se pasan la vida diciéndose entre ellos: *“sólo podías haber sido tú”* (de verdad que se lo dicen). En nuestro caso, el profesor simplemente sugirió la lectura en voz alta de unos textos. A partir de ahí, la realidad se precipitó con asombrosa celeridad. El docente propuso a Damián como lector y Eva se sugirió como voluntaria para acompañarlo. Se trataba de un fragmento de *El Banquete* de Platón.

Concretamente, una parte del diálogo entre Agatón y Sócrates acerca de Eros. La cuestión cabal del fragmento giraba en torno al objeto de deseo del amor.

Eva, citando a Sócrates, leyó:

—“*Pues bien, guárdate esto en tu mente y acuérdate de qué cosa es el amor. Pero ahora respóndeme sólo a esto: ¿desea Eros aquello de lo que es amor o no?*”.

—“*Naturalmente*” —contestó Damián, leyendo a Agatón.

—“*¿Y desea y ama lo que desea y ama cuando lo posee, o cuando no lo posee?*” —preguntó Eva interviniendo por Sócrates.

—“*Probablemente*” —leyó Damián— “*cuando no lo posee*”.

—“*Considera, pues, si en lugar de probablemente no es necesario que sea así, esto es, lo que desea desea aquello de lo que está falto y no lo desea si no está falto de ello. A mí, en efecto, me parece extraordinario, Agatón, que sea necesariamente así. Y a ti, ¿cómo te parece?*” —ultimó Eva.

La realidad adquirió magnitud de epifanía. Un instantáneo destello del presente, como ocurre a veces, desveló el sentido de todo un pasado caminado a ciegas. Fue una revelación,

de eso no hay duda, pero nada aparatosa o rimbombante. Simplemente, como un velo que cae, la verdad se desocultó con evidente naturalidad. En cierto modo no fue una excepción o un evento extraordinario, como puede creerse, sino la consecuencia lógica del transcurrir de las cosas, los trenes, los leones, las naranjas, del mundo en definitiva. La habitual lejanía emocional de Eva y Damián fue, de repente y con lógica abrumadora, la condición necesaria para engendrar el haz de vínculos profundos y dependientes que aquí y allá llaman *amor*. La sorprendente habilidad del hombre para preñar su vida de paradoja se evidenció, una vez más, en la manera en que Eva y Damián, exiliados de sí mismos, poseídos casi cómicamente por las figuras de Sócrates y Agatón, descubrieron una verdad inherente a su identidad más profunda. Y aunque de algún modo sólo fuera una reunión de ausencias en una realidad conjunta, aquella comunión, despersonalización o como quiera llamársele, ese ejercicio de ser y no ser simultáneo, les hizo ser más ellos que nunca. Comprendieron, en un chispazo de lucidez, que aquella sería la única forma de dar cabida a un amor eterno.

A partir de entonces, Eva y Damián se quieren y desquieren a través de los libros.

II

El reino de las cosas adquirió una belleza inaudita, insólita hasta entonces. Eva y Damián rechazaron el mundo de la contingencia. Se bañaron de destino y absoluto, atribuyendo a la realidad todas las cualidades que, ciertamente, sólo residían en ellos y sólo ellos podían ver. Los tigres, como decía Borges, hasta podían caer de la luna.

Buscaron coincidencias hasta debajo de sus camas. Asombrados, se maravillaron ante el hecho de que *Eva* y *Damián*, sus propios nombres, remitieran a una identidad ignorada y que calzaron, se decían sorprendidos, durante toda su vida. No se trataba sino de la realidad de *Frau Eva* y *Demian*, los personajes del libro *Demian* de Herman Hesse. Descubrieron que, de alguna manera, ambos se proyectaban en una relación maternofilial llena de sugestión y potencial apocalíptico. Que Damián guardaba unas inquietudes existenciales admirables y que Eva, al igual que su contrapartida literaria, se

erguía como el estandarte de perfección, musa, y revelación de cualquier muchacho atormentado. Era un fenómeno curioso, un acoplamiento de realidades que funcionaba con la precisión de un espejo: nada más leer un aspecto sobre un personaje, tanto Damián como Eva sorprendían en ellos mismos aquella cualidad escondida, la cual de repente se manifestaba con sórdida evidencia, de una forma tan clara y obvia que a veces resultaba ofensiva. Pero a esta suplantación le sucedieron infinitud de identidades, demasiadas para quejarse por alguna de ellas. Al poco de establecer su relación, Eva y Damián comenzaron a leer los mismos libros al mismo tiempo. El primer beso se produjo cuando Damián le leyó al oído: *“Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirme rey de un espacio infinito”* procedente de la obra *Hamlet* de Shakespeare. Cada momento de su relación se vinculó a un fragmento apreciado por ambos, y así, como el que avanza sin averiguar a dónde se dirige, se enamoraron leyéndose a sí mismos en las vidas de otros. Eva y Damián se convirtieron, además de en amantes, en expertos en literaturizar sus vidas; o, según se mire, en humanizar las de los libros. La literatura, en definitiva, les revelaba tantas cosas acerca de sí

mismos que la regla principal para la armonía de la pareja consistía en la lectura, en atiborrarse de infinito. Luego venían los besos, los abrazos y el juego de gatos.

Con el tiempo, Eva dejó su trabajo y se hizo bibliotecaria; Damián comenzó a escribir libros compulsivamente. A este último le maravillaba la posibilidad de producir mundo, de crear algo desde la nada —la vieja *poiesis* griega— aunque nunca consiguiera reconocerse, ni en la descripción más personal y autobiográfica, con la franqueza y verosimilitud con que se reconocía en un fragmento de otro. ¿La razón? Posiblemente no sabía escribir sobre sí mismo. O mejor dicho, posiblemente no *había nada* que pudiera decir acerca de él. Su identidad era su mayor misterio, un conglomerado, una feria de personalidades: él, si así podía llamársele, era sólo el receptáculo de su multiplicidad, el anfitrión de sí mismo. Como se puede deducir, también era el último en enterarse de las constantes renovaciones de su interior. Como ejemplo, bastará decir que Eva y Damián hicieron el amor por primera vez al ritmo del “*Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca*” de Julio Cortázar, una noche en la que sólo tenían previsto ver un par de películas.

En el momento en que Damián pronunció “*Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella*”, Eva sintió que se moría. Literalmente. Pero *literalmente* es un concepto demasiado vinculado a lo ficticio, o a la *literatura* cuanto menos (como mínimo en sentido léxico). La Eva agonizante sólo era una entre las miles que, de repente, la habitaban.

III

De tales dimensiones era la paradoja en que vivían. En ningún momento se sintieron culpables por ello, ni lo consideraron un factor que restara fuerza o legitimidad a su amor. Al fin y al cabo todas las parejas, se decían, viven instaladas en paradojas más contradictorias aún. ¿Hay algo peor que atribuir una identidad errónea al otro durante toda una vida? Vivir con alguien (un falso compañero) que con el paso de los años demuestra ser todo lo contrario a lo que uno cree, por ejemplo, es una tragedia de dimensión incomparable. ¡La ignorancia de la ignorancia, tan propia de la condición

humana! Por razones cómo ésta, Eva y Damián tejían su amor alrededor del desconocimiento mutuo y autoconsciente, donde la clave de su estabilidad residía en la revolución interna, la transmutación. En su sistema de funcionamiento, podríamos decir, la premisa para sobrevivir era el cambio.

De esta forma fueron Dante y Beatriz, Don Juan y Doña Inés, Margarita Gautier y Armando Duval. No dejaron de lado a Marius y Cosette, ni a la Maga y Horacio. Fueron todas las parejas que pudieron; todas las que, en definitiva, los libros les dejaron ser. Algunas noches se infiltraban en la biblioteca en la que Eva trabajaba y pasaban la noche atiborrándose de libros. A veces incluso dormían allí. Se decían que los libros eran su mejor manta, el mejor calor creado por el hombre. No entendían cómo, en mitad de la vorágine de la inmaterialidad, de ese siglo veintiuno que para ellos sólo suponía un retroceso al cero más radical, los hombres habían preferido lo fantasma a lo real. Somos humanos, se decían, ¡nuestro tacto nos hace sabernos reales! El contacto con los otros, ya sean hombres, leones, algodón o celulosa, supone un regreso a nuestro propio centro (en tanto que también somos materia,

esa masa de la que se compone el mundo). ¿Cómo podemos renunciar a la presencialidad de esta manera?, se preguntaban, ¿cómo podemos dejar que nuestra comunicación acabe en este hábito etéreo, insensible e inapreciable? Vivimos en un mundo de cosas, necesitamos rodearnos de ellas, ¡somos, precisamente, cosas!, concluían. Por razones como ésta consideraban que las bibliotecas, los templos del saber y la cultura, constituían el testimonio físico de la existencia misma del saber y la cultura. De otra manera, todo se diluía en la irrealidad, en un extraño juego de representaciones. Eva y Damián dormían en aquel lugar intentando defender la corporeidad e integridad de sus principios. La forma más literal de bañarse en lo real era abrazando el mundo de las cosas, las páginas y la tinta.

Aunque no eran conscientes del todo, los amantes, convertidos en encarnaciones del pensamiento de Heráclito, se sentían privilegiados ante el valor psicológico y existencial de su juego. Y es que los dos, en su querer infantil y enfermo, habían vencido los obstáculos más peligrosos del amor convencional, o lo que es lo mismo: el amor entre dos seres invariables, constantes, en el discurrir de su ser. Habían

dado muerte al desengaño, al repentino matiz de tristeza que inunda a los amantes cuando la fugaz y primera locura termina. Tal y como leyeron, casi premonitoriamente, en el primer fragmento de Platón: *Eros, lo que desea, sólo puede desear lo que no posee*. Y ellos, en su baile de máscaras y acertijos, se poseían y desposeían con una facilidad de vértigo. Cada día trazaban la aventura de (re)conquistar un amor desconocido.

Pasaron meses. Un día, curiosamente, entraron en una acalorada discusión. La intensa actividad de Eva y Damián, como puede intuirse, no pasó desapercibida ante el círculo de amigos y familiares (que vieron cómo, de la noche a la mañana, unos amigos de la infancia se amaban con apego desmedido; nada que por otro lado no ocurra de vez en cuando, claro). De esta manera, en un momento de una reunión familiar, la madre de Eva habló. Fundida en la trivialidad de una conversación, advirtió a su hija, entre el té y una galleta mordida, del “*peligro de creer vivir despegada de la realidad*”. La hija se ofendió enormemente ante tal acusación y por la noche le contó a Damián el despropósito en el que su madre había incurrido:

—Bueno, no sé —dijo Damián—. Quizás tu madre no ha dicho ningún disparate.

—¿Ah, no? ¿Eso crees? —Eva alzó las cejas sorprendida—. ¡Habla como si vivir así fuera algo negativo!

—Y en cierto modo puede serlo. Estás muy segura de lo contrario, ¿no?

—No te entiendo —repuso Eva—. ¿Por qué hablas como esos estúpidos que se quieren en parámetros convencionales? ¿Quieres realidad? ¿Ser nada y creerte tú mismo?

Damián meneó la cabeza.

—No, no, no se trata de eso. ¡Hablas como si fuéramos superiores en algún sentido! Tu madre sólo trataba de devolverte una evidencia, algo estúpido que quizá hemos olvidado.

—Deslúmbreme: ¿el qué?

—Bueno, supongo que la interpretación es libre, pero quizá que trató de hacerte ver que aunque lo tomes por algo separado de la realidad —dijo Damián—, un libro es algo que se añade y participa de este mundo miserable.

—Qué tontería. Nunca he dudado de eso —replicó ella—.

—¿Seguro? ¿Crees que configuramos nuestra experiencia igual que antes? Porque yo creo que ahora todo nos parece distinto. —reflexionó

Damián—. Desde que tú y yo empezamos, Eva, la realidad, lo de ahí fuera, es una mera distracción. Algo que, en todo caso, se añade al mundo que llevamos en las manos. Lo que emerge cuando se te cansa la vista y tienes que mirar a otro lado, o cerrar las páginas del libro.

—Pero, no sé, no entiendo, ¿es que acaso importa? —dijo Eva, levemente crispada—. ¿Qué más dará cómo ordene mi vida y mis preferencias? Por todos lados es una mentira. Ellos se maquillan el rostro, se visten de vacío, van por el mundo erigiéndose como el tribunal de lo correcto. Ellos se visten de huecos, yo me visto de páginas. ¡No tiene ninguna importancia!

—¿Que no tiene importancia? ¿No te planteas siquiera cómo afecta esto a nuestra identidad? ¿No piensas a veces que nos hemos dejado algo en el camino?

—¿Identidad? ¡La identidad no existe, Damián! ¡Sólo es basura arraigada en el pensamiento colectivo! Todo eso de las cebollas y las capas no es más que un mito: cuantas más láminas nos quitamos, más nos aproximamos a la nada. A la absoluta nada, Damián. ¡No existe el encuentro con uno mismo! —sentenció Eva—. Todo, absolutamente todo, es un acto de creación: hasta la interioridad del individuo. No te

encuentras, te creas. Todo consiste en sumarse atributos: unos se suman el fascismo, otros el gusto por el jazz, la obsesión por la limpieza o la lectura de Dostoievski: todo es una decisión. ¿Qué importa de dónde provengan estos rasgos?

Damián pensaba. Calló un momento.

—Entonces, lo que quieres decir es que la fuente de donde *creas* tu personalidad no importa: sea ficción o realidad, todos los atributos te hacen igual de humana que los demás, ¿no?

—Sí, supongo.

—Entonces no te has librado de ningún obstáculo, ¿sigues en este miserable mundo!

—objetó Damián.

Eva reclinó la cabeza. Se había contradicho a sí misma sin darse cuenta.

—Soy tan humana como todos, es evidente —suspiró—. Pero creo, no sé, que esta dinámica ha creado algo que me diferencia. Por ejemplo: no tengo miedo a la muerte. Temer la muerte es, en esencia, temer la pérdida del yo, de la individualidad. En mi caso, he dejado de aferrarme a cualquier yo: por lo tanto, ya no tengo nada que temer. Vivo y muero cada día. Estoy diluida en el devenir. No soy nadie. He ganado la partida.

Damián soltó una carcajada irónica.

—¿Y te haces llamar *humana* después de algo así? A esto me refiero, Eva. Crees que has encontrado una dimensión diferente que habitar ¡y no estoy seguro de que sea así! —Damián recondujo su entonación. Calló—. Pero sí, sé lo que quieres decir. Yo tampoco dejo de maravillarme por esta falta de límites que de repente hemos encontrado. Esta capacidad y potencial humano, ¡es tan misterioso! Es increíble que podamos reinventar las aristas de lo real, o al menos lo creamos. Pero por muy elevados que nos sintamos, Eva, ¡no somos más que humanos restregando nuestras manos en lo humano, nada más! ¡Posiblemente no hemos conseguido ninguna panacea!

Se hizo el silencio.

—Lo que trato de decir —continuó Damián— es que debemos recordar que si todo lo que nos une pertenece al mundo de los terremotos, las tazas de café que caen, los hijos que se mueren y las ruedas que se pinchan, no deberíamos creer en la infalibilidad de lo nuestro. O, al menos, de los que nos llena.

Silencio.

—¿Pero nuestro amor no era perfecto?

IV

La pareja no tardó en encontrar nuevas formas de experimentarse a sí misma. A partir de una eventual casualidad (Eva desde el salón leyéndole a Damián en la ducha), los amantes comenzaron a teatralizar lo que leían. En realidad no les gustaba llamarlo *teatralizar* pues aquella palabra, como tantas otras que ponen nombre al arte, transpiraba olor a ficción, a espectáculo, a mentira. Y como cualquier signo de falsedad en su amor era tomado con gravedad de barbarie, se inclinaban por reconducir el concepto. Ellos, así, preferían caracterizarlo como una *vivificación*, una reanimación de lo escrito, siempre presencial y nunca, bajo ningún concepto, representacional: ellos sólo se representaban a ellos mismos.

Bastará decir que cundió el pánico cuando el libro *La cantante calva*, de Eugène Ionesco, cayó en sus manos. Un amigo, admirador incondicional del teatro, les recomendó la obra con una voluntad difícil de penalizar. De puertas para afuera, Eva y Damián eran pareja y voraces lectores: dos proposiciones independientes y sin relación de dependencia causal alguna. ¡Qué poco deducible y acumulativo era su amor en

parámetros lógicos! Los tres, así, ignoraban el virus que supondría aquella lectura, sobre todo la pareja, anestesiada tanto tiempo en lecturas bucólicas que refrendaban su amor una y otra vez. El lenguaje, que siempre les había parecido un amable instrumento para la transmisión de los mejores ideales, desveló entonces una nueva apariencia que bajo cualquier prisma sólo podía suponer una traición, una máxima tragedia. Transportados de lleno al mundo del sinsentido y la incomunicación, Eva y Damián sintieron que la distancia que una vez les acercó, ahora sólo les separaba.

Se encontraban leyendo en alto el diálogo entre el Sr. y la Sra. Martin, un matrimonio amigo de la pareja protagonista de la obra. El Sr. y la Sra. Martin están casados, pero en la escena en cuestión parecen no ser conscientes de ello y se tratan como si se conocieran de algún sitio, aunque no logran ubicar dónde. A partir de este diálogo, el Sr. y la Sra. Martin se dan cuenta de las similitudes que guardan sus vidas. Así lo reprodujeron Eva y Damián:

— *“¡Qué coincidencia, Dios mío, qué coincidencia! Mi dormitorio tiene también una cama con un edredón verde y se encuentra en el fondo*

del pasillo, entre los retretes y la biblioteca, mi estimado señor” —leyó Eva, interpretando con teatralidad a la Señora Martin.

—“*¡Es extraño, curioso, extraño! Entonces, señora, vivimos en la misma habitación y dormimos en la misma cama, estimada señora. ¡Quizá sea en ella donde nos hemos visto!*” —contestó Damián.

—“*¡Qué curioso y qué coincidencia! Es muy posible que nos hayamos encontrado allí y tal vez anoche. ¡Pero no lo recuerdo, estimado señor!*”.

A medida que hablaba, a Eva le inundaba una creciente tristeza. Se sentía, como solía pasarle cada vez que leía, totalmente reconocida en aquel esbozo del paso de los años y el vertiginoso y contradictorio camino al desconocimiento mutuo. Ella *era* la Señora Martin, y de repente miraba a Damián con los ojos del que ignora quién tiene delante.

—“*Yo tengo una niña, mi hijita, que vive conmigo, estimada señora. Tiene dos años, es rubia, con un ojo blanco y un ojo rojo, es muy linda y se llama Alicia, mi estimada señora*”. —leyó Damián, dando voz y cuerpo al Sr. Martin.

—“*¡Qué extraña coincidencia! Yo también tengo una hijita de dos años con un ojo blanco y un ojo rojo, es muy linda y se llama también Alicia, estimado señor*”.

—“*¡Qué curioso y qué coincidencia! ¡Y qué extraño! ¡Es quizá la misma, estimada señora!*”

A pesar del evidente malestar que ambos sentían, ninguno de los dos se atrevió a interrumpir el acto. No es que no se atrevieran: literalmente, no podían. Estaban siendo poseídos por otros, no había cabida a la autonomía.

—“*¡Qué curioso! Es muy posible, estimado señor.*” —aventuró Eva, en virtud de la Sra. Martin.

—“*Entonces, estimada señora, creo que ya no cabe duda, nos hemos visto ya y usted es mi propia esposa... ¡Isabel, te he vuelto a encontrar!*”

—“*¡Donald, eres tú, darling!*”

Se enfundaron el traje del caos con la naturalidad de quien se viste de sí mismo. Leyeron y gritaron con desesperación. La tranquilidad, precisa como un reloj, volvió al final de la obra. A pesar de todo, el texto de Ionesco destilaba tanta fatalidad que resultó inevitable caer en un letargo de tristeza indefinido. Diluidas las fronteras entre ellos y los personajes, Eva y Damián sintieron con radicalidad la falta de lógica y argumento de sus propias vidas. Y no sólo de sus propias vidas, también la de los millones de individuos que habitaban el

planeta. Se apenaban de la vida en general, las rutinas domésticas, la falta de interioridad y las comunicaciones huecas: en definitiva, sentían el absurdo del mundo sobre sus hombros. Aquella desarticulación del lenguaje, concretada al final del texto, anunciaba con ánimo apocalíptico el fin de todo sentido. Y es que cuando Eva y Damián recitaron aquel desenlace, desplegando consonantes y vocales al aire indiscriminadamente, tan lingüísticamente enajenados, sintieron desintegrarse por completo una parte profunda de sí mismos. Lloraron durante horas. Entonces, rotos y desprovistos de habla, desde el hueco sin fondo del silencio, advirtieron la estrecha ligazón entre dos dimensiones que, hasta entonces, creían autárquicas, o demasiado abstractas para pensar en ellas: el lenguaje y el ser. Pero ya no había más que pensar. Aquel libro les había permitido experimentar (no ya entender) que, al morir la palabra, al desvestirse de su contenido, moría el pensamiento y la emoción.

V

La dinámica anímica de la pareja avanzó un paso más. La empatía, esa capacidad humana

para participar afectivamente de la interioridad ajena, para transformar la individualidad en afección colectiva, había sido adquirida por los dos y desarrollada a niveles superlativos. Pero ésta en concreto era una empatía *transhumana*, algo que, además de abarcar nuestra propia condición, la sobrepasaba, iba más allá de la especie. Así, el proceso, en última instancia, suponía una fusión entre el hombre y la celulosa. También era un baño de tinta y hasta de árboles.

Después de la sacudida emocional que supuso Ionesco, vinieron Pessoa, Pizarnik, Camus, Cioran. La pareja, conducida letra a letra a un abismo literario más real que la propia caída, se vio fuertemente azotada por la complejidad y el pesimismo del discurso ajeno, ya interiorizado. Desde un prisma temporal (que no es absurdo considerar, pues la felicidad de muchas vidas se basa en trivialidades de este tipo) Eva y Damián vivieron durante largo tiempo con apegada fijación al presente. Presente simple, modo indicativo. Basaban su amor en proposiciones del tipo “yo te amo” y no en las de “te querré pase lo que pase” o “siempre te busqué, aun cuando no te conocía”. Mucho menos admitían imperativos del tipo: “quíereme para siempre”.

El verdadero problema, sin embargo, comenzó cuando cayeron en el subjuntivo. Sí, así es, los hombres caen y mueren de subjuntivo, aunque luego lo llamen de cualquier manera y no aten cabos correctamente. El subjuntivo es la traición, una confrontación con lo irreal, una trampa fácil ante la que el hombre sólo puede caer rendido. Lo que llamamos *posibilidad* no es más que deseo, y en este caso, no hay otro deseo humano que el de hallar algo por detrás de la más inminente miseria. La gracia de este obvio caramelo, de este, en definitiva, delirio, es que se viste de elegantes eufemismos como *posible, probable o hipotético*. Pero no es más que falsedad hasta el momento: sólo es inexistencia. Y ése es su mayor poder y su peor veneno: aleja al hombre de su realidad más concreta y, sobre todo, única. ¿Cómo nos enredamos en esta madeja? En cuanto muera el último hombre sobre la tierra morirá el subjuntivo, sinónimo perfecto de las falsas líneas trazadas sobre un punto. Sólo existe el punto, ¿lo aprenderemos alguna vez? Nosotros, que tan anestesiados vivimos entre las líneas.

De repente ocurre algo, un hecho, una taza que cae con violencia y se rompe. Entonces está el hombre, al que, por lo que estadística-

mente parece, una realidad le es insuficiente. A partir de ahí decide trazar conformaciones perpendiculares al hecho en cuestión, atreviéndose a poner en duda el peso de la situación, la gravedad y trascendencia propias de todo lo que ocurre precisamente porque ocurre, porque es un hecho y no la nada. Y sin embargo, el suceso es tratado en una relación de iguales con lo irreal, con lo que no ha ocurrido, con lo que ahora es igual a cero en existencia. El hombre, con toda la tranquilidad de su café de media tarde, arrasa con el estado natural de las cosas, aniquila la misma realidad en cuanto pronuncia las palabras *esto podría no haber sido*. Y ahí está la tragedia, en esa —admirada por algunos— capacidad del hombre para elevarse por encima de su realidad más cercana. Tenemos altos edificios y calefacción en nuestras toallas, trenes de alta velocidad y sartenes con mango de plástico; bebemos agua embotellada sin tener que adentrarnos en ningún río. Es absolutamente magnífico: bravo por la especie humana. Seguramente todo surgió de una pregunta con subjuntivo, que es lo más paradójico, para variar. Sin embargo, y ahí reside el contrapeso de nuestra fuerza, nada nos libra de abrir los ojos por dentro y hallarnos

en un desierto de contingencia. Porque, qué confrontación, qué desafío al ser y su verbo, formular una proposición que cruza las fronteras del *yo soy*. Qué tipo de mentiras son esas del que *yo sea, yo fuera, yo hubiera sido*. Es lo más cruel jamás creado por el hombre. *Yo hubiera sido*, ¡qué punzada en el pecho! No deja de resultar asombroso pensar que lo que encorseta al hombre, paradójicamente, es el infinito de posibilidades. Eso y no otra cosa es lo que nos hace medir nuestras vidas (tan común la comparación con el vecino) y quedarnos con la boca seca y amarga, torturados de tan pobre que resulta una ecuación en la que es lo mismo comparar la vida con la nada, lo falso y la muerte. Y aún así, sobrevivimos, porque es verdad que sobrevivimos, a una existencia apuntalada entre el dolor de lo que es y *lo que hubiera sido*, entre el terror de lo que *aún podría ser* y lo que es. Y en el amor, menudo dolor de subjuntivo. Eva y Damián cayeron en él, tan inocentes, mientras leían un manual de gramática. Querían aprender sobre las reglas de las lenguas y terminaron desaprendiéndose a sí mismos (estaban ellos, comprendieron, pero siempre transversales, las preguntas). Como en un ingenuo juego de repetición, Eva y Damián

comenzaron a formular, con gravedad creciente: *y si tú no fueras él, si pudieras no ser el esperado. Si pudiéramos querernos mejor, si este amor pudiera ser más intenso. Y si tú no estuvieras, si estuviera otro.* Y así toda la noche.

VI

Días más tarde, en un intento de rescatar la singularidad de su amor de alguna parte, Eva y Damián buscaron en Fernando Pessoa un destello de lucidez. No sabían si era exactamente lucidez lo que buscaban o una anotación amable, un calmante, las palabras que nombraran y dieran realidad un estado de cosas invisible hasta entonces. Hay momentos, si no son todos, en los que el hombre parece buscar únicamente la sensación de verosimilitud, el confort de lo que *parece ser cierto*, importando bastante poco su relación con lo veraz, que no deja de ser un complemento. Paradojas del destino, se dijeron después. O al menos así justificaron la caída en el fragmento más, si se le puede llamar así, inoportuno de todos: aquel en el que Pessoa, hablando del amor, decía: *“nunca amamos a nadie: amamos, sólo, la idea que tenemos de*

alguien. Lo que amamos es un concepto nuestro, es decir, a nosotros mismos”.

Después de todo no hubo discusión. Era técnicamente imposible. Del mismo modo que un conjunto musical, en el momento de ejecutar su obra, no se detiene ante el avance del sonido (tan asumido el devenir de la partitura), la pareja, en pleno unísono intelectual, no podía objetar sobre lo que ya formaba parte de sí misma. Que el mundo real no existía, a esas alturas, era una cuestión que no necesitaba demostración. Ambos pensaron, o encontraron en sí mismos tal idea, que todo debía de existir en términos de proyección, de concepto. Sí, eso era: nada existía con independencia de uno mismo. Por ello el mundo y su contenido sólo se hallaba en la mente de cada uno. ¿Cómo podía creer Eva que el objeto de su amor, es decir, Damián, era algo diferente de ella misma? Lo mismo ocurría con Damián: ¡Eva sólo era una racionalización de él mismo!

El amor, si es que existía, no podía basarse en una reducción de tal calibre. Demasiados subjuntivos la aniquilaban. Así, y con la sencillez del que no pone trabas al impasible discurrir del presente, o de la momentánea verdad, Eva hizo las maletas y se fue de casa. Un beso en

la mejilla fue suficiente para despedirse. Fue, en realidad, un beso con cierto matiz de souvenir, de gracias por el recuerdo, aunque resulta difícil saber besaba a quién y desde qué vacío sin fondo.

VII

La vida se compone de puntos muertos. Finales de escalera que son, en contra de toda expectativa, la confrontación con la misma nada. Por eso cuando se llega a uno de ellos, uno siente que se derrama de ausencia, de falta de directriz y referencia conocida. Pero está bien no saber a dónde mirar. No *tener* a dónde mirar. En el fin, ya lo decía T.S. Eliot, está nuestro principio.

El imaginario de lo geométrico ha sido usado, desde el principio de los tiempos, para describir la forma que nuestras vidas trazan, o dibujan, en su discurrir continuo. El concepto de círculo (transcrito a veces como *ciclo*) ha resultado paradigmático desde los inicios del pensamiento filosófico, tanto oriental como occidental, y ya forma parte de nuestro acervo colectivo a la hora de describir cómo

funcionamos y nos sentimos. Es una evidencia —parece serlo— que siempre andamos en círculos, que nuestros ritmos emocionales, afectivos y conductuales trazan espacios geométricos redondeados. Pero un círculo, a pesar de todo, implica una serie de elementos fijos y regularidades. Además, y con especial importancia, implica un recorrido basado en la misma distancia del elemento llamado *centro*. Así, ¿de verdad andamos a la misma distancia de nuestro centro? ¿Es cierto que siempre volvemos sobre nuestros pasos, que siempre se trata del *mismo* círculo? Lo más probable es que la elección de dicha figura y no de otra se justifique, más que nada, por la facilidad con que ilustra una de las cuestiones eternas de la condición humana: nuestra imposibilidad para escapar de nosotros mismos. Del mismo modo que, tal y como lo definieron los griegos, el uróboro no puede escapar de la difícil digestión que es su cola.

Otro modelo útil para regularizar y proporcionar un patrón a nuestro caminar diario es el juego de las oposiciones binarias. Configurar una teoría de la realidad donde nuestra existencia se desarrolla en un juego de elementos opuestos que, al igual que la dialéctica hegeliana, fun-

ciona mediante resolución de contradicciones que llevan a nuevo estado, que volverá a contradecirse y necesitar de uno nuevo. Pero cada fin de estado es un punto muerto, a pesar de estar cargado de contenido. Y si hay algo por lo que resultan maravillosos esos puntos muertos, es por la esperanza de infinito que suponen.

Eva rechazaba frontalmente la soledad. De manera que, en cuanto salió de casa, llamó a su amiga Anne y le pidió cobijo en su apartamento. Anne accedió, bastante más impresionada por la situación que la misma Eva, quien, al dejar las maletas en su casa, únicamente dijo:

—Todo ha terminado. Quiero decir, todo ha empezado.

¿Existía un libro que pudiera volver a reunirlos? Imposible adivinarlo. Posiblemente existían los mismos libros para unirlos que para separarlos. A fin de cuentas ocurría lo mismo con la realidad, llena de elementos opuestos entre sí y susceptibles de generar el caos y el orden a la vez, gradualmente, de forma interrumpida, o a saltos. No podía esperar nada, absolutamente nada, aunque aquello a esas alturas tampoco suponía nada negativo. El error, como siempre ocurre, surgía de esperar. De haber esperado.

En esta pequeña apreciación Eva encontró, de repente, la remota advertencia de su madre. Tragó saliva en una garganta áspera, repentinamente mucho más áspera. La infalibilidad no se encontraba en ningún sitio, ni siquiera para el amor. Su espejismo, si lo había, consistía en vivir instalado en un sesgo. En girar la cabeza sólo hacia un lado, como ella y Damián hicieron durante un tiempo, buscando confirmar y refrendar la única posición que conocían (y en cuya singularidad sólo podían confiar). En cuanto surgió su anhelo de absoluto, de totalidad, tuvieron que adentrarse en su propio antagonismo, que no supuso más ni menos que mirar hacia el otro lado. *Conocer* siempre implica dos flancos, dos cargas que se contrapesan. Y el significado de conceptos tan amplios como *vida* o *novela* necesariamente implican un sentido de conjunto, lo que de alguna manera supone que el amor no puede acabarse en el amor ni la destrucción en la destrucción. El proceso natural de las cosas siempre transmuta a otro estado, que tampoco permanece para siempre. Es por eso que todo acercamiento implica, de antemano y en forma de potencia, una separación. Una inconsciente voluntad de vuelta a lo original, tan radical como el mismísimo

impulso de vida. Hasta en el hombre más vivo y el bebé más reciente reside la oculta voluntad de regreso, si así puede llamársele, al estado más remoto e inorgánico: la muerte.

Eva sabía (también su lengua pudo notar el sabor, el saber, de esa verdad) la necesidad de aquel conocimiento. Secretamente agradeció aquella confianza vital que sólo su ignorancia podía brindarle.

VIII

Una noche, Damián llamó a Eva por teléfono. No fue una llamada desesperada. Hablaron de hecho con manifiesta serenidad. De alguna manera, aún así, resultaba evidente que en las palabras de Damián había cierta invitación a la urgencia. Se preguntaron sobre sus vidas con cordialidad, incluyendo algún tímido guiño hacia el pasado. Hablaban con el remoto y añejo cariño de los que han compartido juegos comunes.

—Necesito pedirte algo —dijo Damián.

—Sabes que haré todo lo que esté en mi mano —contestó Eva.

—¿Aún guardas el *Otelo* de Shakespeare?

—Sí, claro —dijo Eva.

—¿Lo tienes a mano? —preguntó Damián.

—No me costaría encontrarlo, supongo.

—¿Podríamos leer el fragmento final del libro?

—¿Ahora? —preguntó Eva.

—Sí. Creo que es necesario. Para los dos.

Eva calló. Apenas encontraba sentido a la propuesta de Damián.

—No estoy del todo segura, la verdad. No sé si sería bueno para nosotros.

—Por favor, Eva. No podemos terminar de otra manera, es imposible. ¿De verdad no lo has pensado? Ahora estamos en el limbo, hemos interrumpido nuestro proceso. Llevo semanas pensándolo: éste es el fragmento más adecuado. Es necesario, los dos lo sabemos.

Eva se dirigió al cuarto. Sabía que Damián tenía razón. Que hablaba en nombre de una realidad que, de alguna manera, los superaba a los dos. Una realidad a la que todo le debían. No podía negarse a algo de tal magnitud.

—Está bien, ya lo tengo. —dijo Eva al volver con el libro en la mano.

—Muy bien. Sólo serán un par de frases. No diré nada más. Después colgaré el teléfono.

—Sí, sé a qué parte te referes. Yo también colgaré.

—Adiós, Eva.

—Adiós, Damián.

Ambos tomaron aire. Damián empezó a leer las palabras de Shakespeare.

—“*No he de verter su sangre, ni quiero herir su tez, su tez más blanca que el campo de la nieve, y tersa como el mármol de un sepulcro. (...) Mato esta luz, y luego... mato aquella. Si a ti te apago, refulgente llama, y me arrepiento, devolverte puedo tu luz primera; si la tuya extingo, de alma natura sin igual dechado, ¿dónde hallaré la chispa prometeica que devolverte pueda el ser primero? Si de su tallo la fresca rosa arranco, no puedo renovar su lozanía; es fuerza que se mustie. Aquí en la mata quiero aspirar aún su dulce esencia. ¡Oh aliento embalsamado, a la justicia casi persuades a romper su espada! Un beso; y otro más. Después de muerta estáte así: te mataré, y amarte podré después. Un beso más, el último; tan dulce y tan fatal no lo hubo nunca. Fuerza es llorar; pero es cruel mi llanto, y mi pesar es cual de Dios la ira: donde más ama, hiere. Ya despierta.*”

— “¿Quién es? ¿Otelo?”.

— “Sí, soy yo, Desdémona”.



Ángel Hita Albarracín

Alas rotas, parches de papel

Ángel Hita Albarracín

Alas rotas, parches de papel

1. El caballero de los hielos

Jan detuvo el pase limpiamente, con el particular sonido del caucho contra la madera de su *stick*. Hizo un rápido cálculo y se abalanzó hacia la línea de defensa enemiga, deslizando el disco sobre la superficie helada. A través de las rendijas de su casco, pudo ver una turba de rivales despiadados que se arrojaban sobre él. Por un momento se sintió como uno de aquellos caballeros medievales, enfrentándose en el campo de batalla a una horda sedienta de sangre, y aquel ensueño en mitad del partido disparó su adrenalina.

—¡Capitán! —gritó Thomas, su extremo derecho solicitando el pase. “Aún no”, se dijo mientras esquivaba ágilmente las embestidas y sin perder en ningún momento el control del disco.

Un defensa muy alto —incluso para alguien tan alto como él— interpuso su bastón y casi logra completar el *checking*, si Jan no hubiera recuperado el con un rápido molinete. Uno no llegaba a ser el mejor jugador de hockey nacional permitiendo que le roben el disco a la primera de cambio. Aprovechó la ocasión para pasar el móvil a Thomas, y en medio de la confusión se escabulló hacia la meta contraria para tomar posiciones. Habían ensayado la jugada cientos de veces, aunque no era lo mismo ponerla en práctica en una final de la liga internacional. Sintió un ligero flaqueo de sus piernas, como si de repente se encontrara tremendamente cansado; pero hizo caso omiso de aquella sensación. Durante las últimas semanas y de forma eventual, había tenido algunos problemas de coordinación y sufrido algunos temblores, por lo que el médico del equipo le había hecho decenas de pruebas. “Sano como una manzana y fuerte como un mulo”, había diagnosticado el médico con una amplia son-

risa. “Debe de ser cosa de los nervios”, añadió finalmente.

El público alborozaba desde las gradas, sediento de victoria. Concentró su mente y su cuerpo en la jugada. Thomas adelantó una pierna apoyando el en la cuchilla de su patín y giró la muñeca hábilmente, consiguiendo elevar el disco por encima de sus frustrados contrincantes. Jan estaba preparado para recibirlo a escasos metros del guardameta. La trayectoria era impecable y pudo permitirse una breve sonrisa de triunfo: lo difícil ya había pasado. El disco no llegó a tocar el hielo. Bateó en el aire con toda su fuerza y el guardameta no pudo hacer nada para detener aquel disparo brutal. La copa ya era suya.

* * *

Tras el partido, la rueda de prensa se prolongó más de una hora. Le dolía la cabeza por los continuos de las cámaras y por el incesante barullo de los periodistas. A ello se le sumaba el esfuerzo de tener que hablar inglés, pues los idiomas nunca se le habían dado demasiado bien.

—Kalina Kafkova es estupenda —contestó Jan—. No sólo como actriz, también lo es como

mujer. Pero llevamos juntos poco más de seis meses, así que de momento nuestro único plan de futuro es conocernos mejor el uno al otro —el campeón de hockey miró a su *manager* de soslayo y éste asintió con la cabeza. El interrogatorio de la prensa había ido degenerando desde el ámbito profesional al personal, cosa que a Jan le irritaba sobremanera.

—Sólo responderé a una pregunta más —promulgó esforzando su mejor sonrisa—. Tengo una merecida fiesta de celebración esperándome. Usted, el de la camiseta de Beethoven.

—No es Beethoven, señor, ¡es Goethe! —replicó el reportero casi ofendido — La última cuestión: ¿qué libro tiene encima de la mesilla de noche?

Un murmullo de indignación se levantó de la muchedumbre. ¿Cómo podía gastar el último cartucho en una pregunta tan insulsa? Lo que a Jan le inquietaba no era su banal importancia, sino que no había leído un libro en su vida. De hecho, era ése el único punto débil de su legendaria autoconfianza; se creía lo bastante inculto como para mostrarse taciturno y susceptible cuando alguien sacaba a el tema a relucir, o cuando sus amigos se enfrascaban en alguna conversación de índole intelectual.

—¿Ahora mismo? Únicamente las instrucciones para el entrenamiento del jueves —respondió tratando de parecer ingenioso. Pero por alguna extraña razón, las palabras se le atragantaron y su voz sonó nasal y gangosa. “Maravilloso”, pensó disgustado, “Ahora creerán que soy un idiota. Necesito descansar”.

2. La fiesta

Empezó a sentirse mejor durante la fiesta, una vez se pudo dar una buena ducha y regalar un pequeño festín en su lujosa *suite* de hotel. Cuando entró en el salón de celebraciones, sus compañeros de equipo lo recibieron como a un héroe y lo mantearon repetidas veces.

—Me vais a estropear el esmoquin nuevo— reía Jan entre forzados tragos de champán y cariñosas palmadas en la espalda.

—Lo tienes todo, ¿no, capitán? —bromeaba Pietro Di Salvo, su ala defensor izquierdo—: Atractivo, fama, dinero, una mujer bella y un *Porsche Carrera* del ochenta y uno...

—En realidad le habría bastado sólo con el coche... —añadió Mark Svoboda, su representante y amigo, uniéndose a la conversación con indicios de una incipiente embriaguez. En

realidad, éste no andaba muy desencaminado. Su segunda gran pasión era conducir, y no hacía mucho que había podido comprarse el coche de sus sueños. Antes de convertirse en jugador profesional, ya había sido detenido media docena de veces por participar en carreras ilegales. Una polémica cuestión que a Mark le había costado mucho esfuerzo desarraigar de la Federación y de los medios. Profesaba un gran afecto por su *manager*, ya que siempre había cuidado de él como el hermano mayor que nunca tuvo y, de hecho, se habían criado juntos en el mismo barrio. Para hacer justicia a la verdad, éste había ganado una gran cantidad de dinero gracias a Jan, firmando numerosos contratos de publicidad y vendiendo su imagen a conocidas marcas. —¡Y hablando de tu tercera pasión! —comentó Mark propinándole un codazo—, por allí viene tu amada.

Jan echó una ojeada hacia la puerta principal, y pudo ver a Kalina de puntillas, alzando grácilmente el elegante y áureo recogido que coronaba su rostro.

—¡Muñeca! —exclamó por encima de algunas cabezas— ¡Estoy aquí!

La cara de la muchacha se iluminó, y corrió hacia él empujando impudicamente a los invi-

tados que encontraba a su paso. Se tropezaron en un breve, pero intenso beso.

—¡Aquí estás! Es una suerte que seas tan alto, no sé cómo podría haberte encontrado entre tanta gente —sonrió Kalina mostrando una hilera de dientes blancos y redondos—. Enhorabuena, campeón. ¡Enhorabuena a todos! —gritó mientras saludaba con la mano a algunos miembros del equipo que reían en un corro cercano.

—Estás preciosa esta noche —dijo Jan con sincera admiración. Aún no podía creer que realmente le perteneciera una mujer tan bella, una de las celebridades más deseadas de todo el planeta. En realidad no creía estar aún enamorado de ella y, sin embargo, le hacía sentir maravillosamente bien. No le costaba imaginar su futuro engranado con el de ella.

—¡Tú tampoco estás nada mal! —rió recomponiéndole las solapas del maltrecho esmoquin— Tendré que tener cuidado con todas esas admiradoras histéricas que te esperan en la puerta del hotel.

—Mi querida Kalina, siendo tú mi dueña, creo que son ellas quienes deberían tener algo que temer... —la abrazó con ternura y la besó en la frente.

—No voy a dejarte escapar fácilmente, pajarito. ¡Brindemos! —le dijo mientras sustraía dos copas de *Martini* a un camarero en tránsito. Jan pensó que jamás en su vida se había sentido tan feliz.

Alzó su copa sonriendo, pero algo andaba mal: no era capaz de sostenerla firmemente. Con cierta torpeza pudo asirla durante un par de angustiosos segundos hasta que, finalmente, tuvo que dejarla caer.

3. Caída

Se deleitó con el paisaje que se extendía bajo aquella balconada de barroca decoración. La residencia San Vito estaba situada sobre una elevada colina que dominaba un valle, por lo que la vista se perdía durante kilómetros de boscosas lomas, e interrumpida tan sólo por una breve serie de escarpados cerros. A Jan le gustaba particularmente uno de ellos, en cuya cresta se alzaban frágilmente los restos de un castillo en ruinas. Exaltando su imaginación, lo contemplaba hasta que el sol se ocultaba por detrás, destacando su desgastada silueta. Trataba de imaginar a los centinelas que guardaban las torres vigía, y los coloridos estandartes que

ondeaban sobre la torre del homenaje. Casi podía ver a las gentiles damiselas paseando por los adarves en tiempos soleados de paz, o a los eficaces arqueros disparando a los enemigos que trataban de ganar las murallas desde la ladera. A veces, incluso le parecía escuchar el entrechocar de espadas procedente del patio de armas.

Los últimos meses se habían sucedido con una rapidez pasmosa, y ahora los recordaba como si pertenecieran a un sueño lejano. Su propia vida había pasado a formar parte de éste. La enfermedad comenzó con unos síntomas casi imperceptibles y, de repente, se hallaba postrado en una silla de ruedas. Los médicos se decantaron por varios diagnósticos antes de emitir el fatal veredicto: esclerosis lateral amiotrófica. Una enfermedad neurodegenerativa que provoca, paulatinamente, una parálisis muscular de pronóstico mortal. Su origen era desconocido y aún no existía cura.

Jan se había tomado la noticia y el proceso con una entereza asombrosa, sobrehumana. En tanto que sus amigos y familiares no eran capaces de ocultar sus lágrimas, él se mantenía imperturbable y en la mayoría de las ocasiones era el enfermo quien acababa consolando a sus seres queridos. Tal vez fue ésta la razón por la

que él mismo había solicitado su ingreso en aquel centro para ancianos, enfermos terminales y disminuidos físicos o psíquicos. Un nutrido grupo de gentes al que la residencia denominaba, eufemísticamente, “personas dependientes”. Últimamente se le había estado haciendo insoportable la pena que despertaba en sus allegados. ¿Cómo podía concebirse que él, habiendo sido mundialmente conocido como el *Caballero de los Hielos* se hubiera convertido casi de la noche a la mañana en un objeto de lástima? Sin duda, mudarse a la residencia era lo mejor que hubiera podido hacer, por su bien y por el de los suyos. Y aún así, ¡cuánto echaba de menos los abrazos de Kalina! Pensó en la fría impasibilidad que él mismo practicaba ante su propia invalidez. Lo había perdido todo y estaba condenado a una muerte lenta, asfixiándose conforme su parálisis le alcanzara los pulmones. Y pese a ello, percibía su miseria como si de un mero espectador se tratara, como si le estuviera sucediendo a otra persona. ¿A qué se debía tamaña falta de sensibilidad? Las últimas luces prendían el horizonte con su huida y el porche de la residencia se iba sumiendo en la penumbra. A su lado, un escuálido anciano de gafas oscuras parecía dormir sobre una silla

de mimbre, pero en realidad estaba bastante atento a los pensamientos de Jan:

—Aún no lo has asimilado, ¿verdad? Eso es todo lo que te pasa, joven. Y cuando lo hagas, créeme, necesitarás a alguien a tu lado. Me llamo Michal —dijo con voz trémula, sin mirarlo si quiera.

—¿Y qué sabrá un viejo como tú sobre lo que yo necesite? —replicó enfadado. Lo último que le apetecía eran los sermones de un anciano decrepito.

—Oh, no he querido sonar pretencioso —se disculpó el arrugado hombrecillo, con una risita—. Sólo quería ofrecerte un poco de conversación... —y pocos minutos después, roncaba plácidamente.

4. Visitas

Después de unos meses, las visitas comenzaron a sucederse con menor frecuencia. Por otra parte, él también empezó a aborrecerlas. Se convertían en un espectáculo dantesco que siempre comenzaba con un fingido optimismo, casi cómico, que decaía vertiginosamente hacia el más incómodo de los silencios. Estos violentos contrastes sumían a Jan en un pro-

fundo pesar, y la alegría inicial de ver de nuevo a un ser querido se esfumaba inmediatamente. Comprendió que su vida había cambiado; nada volvería a ser lo mismo.

—Hijo, vuelve a casa —le solía decir su llorosa madre—. Allí estarás mejor atendido que aquí, siempre rodeado de enfermos y moribundos. Y es que esta residencia está tan lejos de la ciudad... ¿No echas de menos mis albóndigas en salsa? De todas maneras te he traído un poco.

—Haz caso a tu madre, sigues teniendo tu dormitorio tal como lo dejaste cuando te emancipaste— corroboraba su padre con una completa falta de empatía. “Precisamente, padre”, se quejaba para sus adentros. No soportaba la idea de volver a vivir en aquella casa, retrocediendo a un estado de dependencia similar al de su infancia. La sensación de cautividad sería aún más opresiva que estando recluso en el centro.

Las visitas de Mark, su ahora exrepresentante, solían ser un poco más amenas. Le ponía al día de los últimos avatares del mundo del hockey y aún se reían de los viejos chistes. Se había convertido en el *manager* oficial del equipo y, ahora que eran mundialmente famosos, seguía ganando mucho dinero. Jan apenas podía ale-

grarse por él, pues echaba de menos competir y el único modo de vida que había conocido. Esto le hacía sufrir enormemente. Era Mark en estas ocasiones quien debía desistir de la visita, pues su amigo fijaba la vista en algún punto lejano y ya nada volvía a hacerlo salir de sus cavilaciones.

Sólo era capaz de alegrarse verdaderamente con las visitas de Kalina, pese a que ésta había ido dejando, gradualmente, de mostrarse afectuosa. Hacía caso omiso de las advertencias de su juicio, y se entregaba a su novia —o lo que diablos fuera por entonces— con la obstinada jovialidad de un niño pequeño. Él aceptaba cualquier gesto de cariño por insignificante o simulado que a un tercero le pudiera parecer. En la anterior visita, le había pedido un beso y ella había dudado un momento. Finalmente, depositó unos labios inertes y fríos sobre los de él, unos labios que no hacía tanto tiempo rezumaban vida y deseo. Algo se rompió dentro de Jan. En lo más hondo de su ser, siempre supo que aquel día llegaría, pero aún no estaba preparado para aceptarlo. O tal vez nunca lo estuviera.

—Kalina te manda un abrazo —le comentó un día Mark, afligido, por el duro golpe que

aquellas palabras significarían para él. Y así fue, en efecto, que ya nunca más la volvió a ver.

* * *

—Empiezo a comprender —le dijo una tarde al anciano de las gafas oscuras, con una voz pastosa debida al avance de la esclerosis— por qué he sido tan insensible a mi propio dolor.

—Ah, ¿sí? —se limitó a responder desde su habitual sillón de mimbre.

—Sí. Y tenía usted razón —dijo mirando al anciano fijamente. Apenas podía distinguir las facciones bajo los profundos surcos de su sabiduría—. Siento mucho haberle tratado con tanta rudeza.

—No tiene importancia. Pero dime, ¿cuán hondo es tu dolor?

—Inmenso. Imagínese usted —respondió Jan con insólito entusiasmo—, lo tenía todo. Era un jugador de hockey brillante, ¿sabe? Sólo hace unos meses que marqué el gol definitivo, el que le dio la victoria a mi equipo. En mi tiempo libre, conducía un deportivo legendario, ¿le gustan los coches? Ronroneaba como una pantera y pasaba de cero a cien en menos de tres segundos. Ya nunca más podré volver a

conducir, pero no me atrevo a venderlo —hizo una breve pausa—. También tuve una novia, Kalina Kafkova. Ahora es una actriz famosa, ¿no la conoce? Hace semanas que no viene a verme, aunque si la hubiera visto por los pasillos la habría reconocido. Su belleza no le hubiera dejado indiferente, créame. Y es que además de guapa era... ¡bueno! Es y sigue siendo muy divertida. No creo que vuelva por aquí, pero siempre podré verla en el televisor. Quizás podamos ver su próxima película usted y yo juntos —Jan estaba desatado y hablaba sin tregua. Quería que el viejo se hiciera una idea bastante buena de lo grande que era su sufrimiento, y sin embargo nadie hubiera encontrado un ápice de tristeza en su voz.

—Quizás —dijo el viejo mirándole gravemente a través de sus gafas oscuras—. Joven, llevo confinado aquí el tiempo suficiente como para reconocer cuándo un hombre está a punto de derrumbarse. Antes de que tu dolor estalle —gruesas lágrimas enfilaban ya las mejillas de Jan—, quiero decirte que comparto tu desconuelo. Si me lo permites, voy a llorar contigo.

Y ambos lloraron pródigamente durante varias horas. Jan se apiadó de sí mismo por primera vez y se regodeó en la magnitud de su

desgracia. Acarició el sinsentido de la existencia y percibió la insoportable levedad del ser. Bebió de las amargas aguas de la desesperanza, dejándose seducir finalmente por la idea de suicidio. Acabó exhausto. Cuando lo despertaron al siguiente día, seguía sintiéndose igual de infeliz. Y sin embargo, ahora experimentaba una tremenda ligereza.

5. La biblioteca

Pasaba muchas horas hablando con Michal, el anciano. Se enteró de que había sido un cotizado pintor y de que, hacía más de veinte años, una rara enfermedad lo había cegado para siempre. Jan se disculpó, avergonzado de haberle propuesto ver alguna película de Kalina. “Por aquel entonces no sabías que yo era ciego”, le disculpó el viejo riéndose con buen humor. Tenía dos hijos, pero sólo uno de ellos lo visitaba de vez en cuando. Lo que realmente entristecía a Michal era no poder seguir pintando. A menudo decía que había pintado la negrura de su ceguera con los colores de su imaginación. Pintaba cuadros dentro de su cabeza, pincelada a pincelada, y luego los emborronaba para comenzar uno nuevo.

—Me ayuda a seguir adelante —afirmaba el viejo con una sonrisa triste.

Jan le describía con todo lujo de detalles los paisajes que podían contemplarse desde la arcada. Le habló del castillo y de lo que allí imaginaba. Interrumpía la conversación para comunicarle eventos singulares —y maravillosamente triviales— que habrían de ser captados únicamente por la vista: que una majestuosa águila imperial volaba en círculos sobre alguna posible presa en el fondo del valle, o que el viento arreciaba sobre un pinar arrancándole una amarillenta nube de polen. Un día, Michal le pidió que le leyera un libro: *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway. Era el libro que había leído a sus hijos cuando eran pequeños y, dadas las circunstancias, le parecía oportuno que ahora Jan se lo leyera a él.

Cada vez le costaba más esfuerzo leer en voz alta, pues la enfermedad iba afectando a su habla progresivamente. Cuando terminó su lectura confesó, tan extasiado como abochornado, que era el primer libro que leía. El anciano no daba crédito.

—Pobre criatura —se compadeció—. Espero que vivas aún muchos años, hijo, porque voy a recomendarte una buena lista.

—Jamás pude estarme quieto mucho tiempo, viejo. Ahora ya no tengo más remedio.

* * *

La biblioteca no era tan impresionante como esperaba. Había visto fotografías de majestuosos salones con coloridas alfombras, muebles de caoba y estanterías que crecían hasta el mismo techo. Sin embargo, aquélla no era ni remotamente parecida. Había muchas hileras de estantes metálicos, eso sí, plagados de volúmenes de diversos tamaños y colores. Le llevó unos minutos localizar el primer libro que Michal le había encomendado: *La Odisea*. Para su desgracia, se encontraba en uno de los estantes más altos y le resultaba inaccesible desde su silla de ruedas.

—¿Te puedo ayudar? —preguntó una flaquísima muchacha de unos veinte años que parecía haber surgido de la nada. Jan no la había visto en los meses que había pasado en la residencia, ni siquiera en el comedor. Ojerosa y pálida, no era especialmente atractiva, aunque tenía una sonrisa hermosa —¡Anda! Tú eras el jugador de hockey, ¿verdad? —al aludido no le gustó aquel reconocimiento.

—¿Puedes alargarme ese libro gordo con el dorso azul? Sí, ése... Gracias.

—¡*La Odisea!* Buena elección, un hombre que lucha contra la adversidad e incluso contra los designios divinos. Creo que te gustará. Por cierto, me llamo Fiala —dijo ésta estrechándole la mano con una energía inaudita para su frágil estructura—. Y yo ya sé quién eres tú, así que no es necesario que te presentes, *Caballero de los Hielos*. Ven, te enseñaré el lugar perfecto para leer en esta biblioteca.

Jan la siguió por un pasillo flanqueado de libros, empujando su silla con cierto esfuerzo. Afligido por su incipiente discapacidad, se dio cuenta de que pronto tendría que hacerse con una silla motorizada. Lo guió hasta una pequeña sala de lectura con un gran ventanal que daba, precisamente, al castillo en ruinas que solía contemplar desde el balcón.

—Éste es mi lugar favorito, y desde ahora será el tuyo también: luz natural, hermosas vistas... Y aislado del mundo real —terminó la chica con semblante grave.

Jan repartía su tiempo entre sesiones de fisioterapeuta y logopeda, y gozaba de intensas mañanas de lectura en la biblioteca con Fiala. Luego, deliciosas tardes en el porche barroco

con Michal y con otros internos que también le resultaron simpáticos. Tenía una nueva y extraña percepción del tiempo: mucho más pausada, y empero, los meses discurrían raudos entre las páginas. Los libros le proporcionaban una paz que no había encontrado desde antes de que la esclerosis hiciera su fatal aparición. La chica, pese a su talante vivaz y nervioso, era en realidad una estupenda compañera de lectura. Cada cual se enfrascaba en su propio texto y rara vez levantaba la cabeza, acaso para dedicarse una sonrisa cómplice. Se enteró, al cabo, de que ella había ingresado en la residencia San Vito con sólo quince años debido a una esquizofrenia aguda. “Prefiero estar aquí, bien cuidada y medicada, que salir a la calle y hacer daño a alguien”, aseveraba con pasmosa resignación.

Jan comenzó leyendo cuentos sencillos, como *Alicia en el País de las Maravillas*, *Las Mil y Una Noches*, *Robin Hood* o *El Principito*—este último dejó una emotiva impronta en su alma—, y poco a poco fue aventurándose con literatura algo más seria: *Los Miserables*, *El Fantasma de la Ópera*, *Los Tres Mosqueteros*, *La Divina Comedia*... Disfrutó especialmente con la obra de Shakespeare, gran embajador

de las desgarradoras pasiones humanas: sintió los celos de *Otelo*, la sed de venganza del desolado *Hamlet*, la desesperación de *Romeo*, tras la muerte de *Julieta* y viceversa... Pero sin duda, sus géneros favoritos eran los libros de caballerías y las grandes sagas heroicas: las leyendas del *Rey Arturo* y de sus nobles caballeros de la mesa redonda, las aventuras de *Amadís de Gaula*, del ingenioso hidalgo *Don Quijote de La Mancha*... Poemas épicos, como el del *Mío Cid*, el de *Gilgamesh* o el de *Beowulf*, se contaban entre sus predilectos.

—Ya nunca más serás *El Caballero de los Hielos* —declaró Fiala, una mañana de recogimiento en la biblioteca—. De ahora en adelante serás *El Caballero de los Bosques*. De los *bosques de papel*.

—Me gusta —asintió Jan con una sonrisa distraída— ¿De dónde lo has sacado?

—Del griego original. Literalmente, ése es el significado de la palabra “biblioteca”. —Y ambos rieron de la ocurrencia.

* * *

—Antes pensaba mucho en quitarme la vida —le confesó aquella misma tarde al viejo pintor, mientras le leía un fragmento de *Cumbres*

Borrascosas—. Si no lo hice antes, fue por falta de medios. No quería malvivir en un cuerpo atrofiado que se marchitaba día tras día.

—Tu misma enfermedad no ha impedido a otros comprimir los enigmas del Universo *en una cáscara de nuez*. Pero dime, joven inválido, ¿qué ha cambiado como para querer prolongar tu sufrimiento? —preguntó el ciego sagazmente.

—Ahora puedo evadirme a otros mundos. Puedo vivir historias de amor verdadero —leyendo a Jane Austen confirmó su sospecha de que realmente nunca había *amado* a Kalina—, o llorar por tragedias ajenas a la mía propia. Me siento libre de mi propia realidad, de este cuerpo inútil. Puedo tomar prestado el de personas que sólo existen en forma de pequeños trazos de tinta. O bien, en forma de pequeños puntos en relieve... —añadió con tono misterioso—. Por cierto, tengo algo para usted —Jan depositó un objeto sobre el regazo del anciano. Éste se incorporó, sorprendido, y tanteó un voluminoso bloque rectangular. Acarició su superficie, detectando unas rugosidades familiares y que en su melancólico retiro, había empezado a olvidar—. Quería envolverlo, pero estando usted ciego creo que habría sido una estupidez —rió el joven.

—¡Es *braille*! —exclamó el viejo con incredulidad, abriendo el volumen por la primera página. Manoseaba el título con dedos temblorosos. Jan jamás lo había visto tan emocionado—. *El Fausto*, no se te escapa una, ¿eh hijo?

—No hay libros para ciegos en esta biblioteca. He tenido que encargarlo especialmente para usted... ¡Oh! —se interrumpió Jan al mirar la foto de la contraportada—. Conozco a ese tipo. Es Beethoven, ¿no?

6. El universo en una hoja de papel

Jan hizo un descubrimiento muy interesante: cada libro tenía un aroma propio. Particular, inconfundible y sublime. Un libro era para él como el océano: siempre el mismo, pero en constante cambio y movimiento. Contenía un poco del alma de su autor y mucho de los lectores que habían depositado las suyas en sus páginas. Los libros, al ser leídos, mutaban y jamás volvían a ser los mismos. También lo hacía su olor. Hasta hacía poco, los había considerado simples objetos. Lo cierto es que eran mucho más que eso: eran un espejo, una ventana, un amigo, uno mismo, un instante. Un pequeño dios. Los libros eran un cielo sobre el que volar

con las alas del intelecto desplegadas al viento de la atemporalidad. Sus palabras persistirían para siempre en un limbo bidimensional, a la espera de ser resucitadas y reproducidas. Y en tanto que dejaban de leerse, era como si dejaran de existir. Esperando otro momento, que no habría de ser sino el mismo. Una y otra vez. Gustaba de recorrer los pasillos de la biblioteca y abrir un libro al azar por cualquier página. Al hacer esto, se sentía un viajero del tiempo que llegaba simultáneamente desde pasado, presente y futuro para ojear furtivamente entre sus líneas. Era una entidad maravillosa, porque un libro no podía ser de otra manera: era la configuración más estable para el alma humana, de la misma forma que lo es la esfera para una pompa de jabón. Era una materialización finita del Universo, el último vestigio de la Civilización. Y para Jan, además, una nueva forma de felicidad.

* * *

Una tarde, el ciego no acudió a su cita diaria en el porche. Temiéndose lo peor, les preguntó a las celadoras si había caído enfermo, pero ninguna parecía saber nada.

—Estoy preocupado por el viejo —comentó Jan una mañana, pues no conseguía concentrarse en su lectura—. Hace días que no lo he visto.

—¿Acaso no lo sabes? —exclamó Fiala mirándolo con una fijeza extraña— El otro día vino su hijo. Dicen que va a operarle la vista, así que no creo que lo veamos más por aquí.

—¿En serio? —en lo más recóndito de sí mismo, sabía que sólo se trataba de una burda mentira piadosa, pero su mente consciente se apresuró a aceptarlo como verdadero—. Esas son muy buenas noticias. Aunque me habría gustado despedirme... Por cierto, ¿qué libro es ése? ¿*Calderón de la Barca*? —preguntó leyendo en voz alta las letras doradas de la portada —Un nombre extraño...

—Atento a estos versos, —interrumpió Fiala vehemente— ¡te van a encantar!:

*Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:*

*que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

7. La vida es sueño

En uno de sus muchos viajes, siendo todavía un joven príncipe, Jan había naufragado en una remota isla a la que los marinos conocían como Ogigia. La habitaba una hermosa bruja que pronto se había enamorado de él. Trató de retenerlo contra su voluntad durante largos años, haciéndole creer que sólo habían transcurrido unos días. Cuando éste logró escapar en una pequeña balsa, la bruja enfureció tanto que arrojó un poderoso maleficio sobre las tierras de Jan: jamás volvería a salir el sol sobre el Reino.

* * *

Muchas lunas después, estaba arrodillado a los pies de la diosa Babd en la capilla del castillo. El druida Michal depositó sobre su hombro una mano muy vieja y callosa. A pesar de su ceguera y avanzada edad, seguía siendo el más perspicaz de sus consejeros.

—Es la hora, rey Jan —le dijo ayudándole a ponerse en pie—. Toda la Corte espera. Sabed

que irían hacia los confines de la muerte si así lo ordenárais.

—¿Por qué iba a ordenar tal cosa, viejo? —replicó mientras se precipitaba con grandes zancadas en la Sala del Trono. Los heraldos apenas tuvieron tiempo de anunciar su llegada. Por su parte, los centinelas contenían en los pórticos a una agitada plebe que se afanaba por ver a su venerable soberano. Ocupó su trono junto al de una nerviosa reina Fiala, dedicándole una breve sonrisa tranquilizadora.

—¡Mis leales vasallos! —bramó el monarca desde su estrado. La cámara estaba abarrotada de nobles y caballeros procedentes de todos los rincones del Reino. En las primeras filas pudo reconocer, bajo los trajes de acero, a cada uno de sus viejos camaradas. Con ellos había vivido suficientes hazañas como para mantener ocupados durante años a una docena de bardos: sir Thomas Malory, sir Mark Svoboda, sir Pietro Di Salvo... e incluso Kalina, la bella valquiria de las Islas Salvajes, que vestía con breves prendas de cuero—. ¡Mucho está sufriendo nuestro pueblo a causa de esta Larga Noche! Nuestros hijos tienen frío. Nuestras cosechas ya no dan fruto. La oscuridad propicia el pillaje y el crimen... —continuó Jan—. También sé que muchos de

vosotros, valientes y tenaces súbditos, querriáis acompañarme hasta las orillas del mismo Tártaro. Pero esta empresa he de consumarla yo mismo, pues sólo mía es la responsabilidad de este Reino. ¡Es hora de deshacer la Maldición de la Larga Noche! —la multitud estalló en vítores y hurras. “¡Que vuelva la luz y el calor!”, gritaban febriles y desesperados.

* * *

El corcel se encabritó cuando lograron las lindes del bosque. Las tinieblas allí eran aún más densas que en el Reino y ni siquiera la antorcha penetraba su oscuridad. Le acompañaba Palas, el búho mágico. “Adelante, no temas”, ululó éste. Se internó a pie en el silencio de la espesura. Aquel bosque, cuyo verdor esmeralda antaño solía vislumbrarse a muchas leguas de distancia, encerraba secretos ya olvidados. Como el legendario Templo de Salomón, cuyas vetustas piedras guardaban aún el poderoso Arcano que les habría de librar del maleficio.

“¡Cuidado!”, musitó Palas al cabo, oteando las sombras con sus grandes ojos. “Ahí delante yace un basilisco al que habrás de derrotar”. Jan desenvainó presto su preciosa espada y dijo: “Guía mi paso, búho”.

La lucha fue breve. El maligno reptil profirió un chillido de odio cuando la presencia extraña lo despertó de su letargo, y sus ojos de rubí centellearon en la oscuridad buscando a su presa. Nada había más temible en los bosques meridionales que la mirada de un basilisco, capaz de paralizar y matar al instante. Jan no estaba dispuesto a darle esa oportunidad: con un certero tajo cercenó el grueso cuello de la criatura y la cabeza golpeó sordamente la tierra. Sus ojos rojos, que aún no se habían apagado, se cruzaron brevemente con los del rey. Éste sintió un violento impulso en sus retinas y su cuerpo comenzó a paralizarse. “El poder del basilisco no se volatiza de forma inmediata”, aulló el búho con preocupación. “Sus ojos te han mirado cuando apenas quedaba fuerza en ellos, tienes suerte de seguir vivo”. Empero, el valiente monarca había caído sobre sus rodillas, debilitado y consumido. Aquella sensación de impotencia le resultaba familiar, como si ya la hubiera experimentado en otra vida. “¡Vamos! El templo no queda lejos”, la mágica ave trataba de infundir ánimos. “No puedo...”, susurró con un hilo de voz mientras se desplomaba del todo. Solamente quería quedarse allí, morir y descansar para siempre. Estaba terriblemen-

te agotado. Un hermoso cántico comenzó a acariciar sus oídos en una extraña lengua, que sin embargo entendía. “*Levanta, Caballero de los Bosques*”, le pareció escuchar. Las delicadas voces le entonaban el alma y calentaban su sangre. En aquella negrura pudo distinguir unas figuras borrosas y brillantes que bailaban a su alrededor. Ahora escuchaba con claridad la canción:

*¡Levanta, Caballero de los Bosques!
La aurora dormida te aguarda.
¡Levanta, justiciero de las noches!
Prende el cielo, aviva el alba.*

Aquellos seres no eran sino delicadas dríades que cantaban y corrían desnudas. Sus largos cabellos verdes, trenzados de flores, ondulaban al son de su danza. Sacando fuerzas de flaqueza, se apoyó en su espada y se incorporó. Sus sienes palpitaban violentamente, la armadura le resultaba muy pesada y apenas conseguía controlar sus músculos. Avanzó entre la vegetación con pasos inciertos, guiado por el resplandor de los gráciles cuerpos. Finalmente, emergió el pequeño Templo de Salomón de entre la oscura maleza. Subió una corta escalinata y

alcanzó a duras penas una enorme puerta de oro, flanqueada por dos fabulosas columnas. Apoyó todo su peso sobre la hoja hasta que ésta cedió con un chirrido ancestral. En el centro de la capilla había un atril de mármol y sobre éste un enorme libro cerrado. Con sus últimas energías, consiguió abrirlo y una poderosa luz procedente de sus páginas le cegó la vista. La luminiscencia crecía en intensidad filtrándose por las cristaleras del templo y por entre las ramas que formaban el techo del bosque. Muy pronto, todo el cielo del Reino quedó iluminado y las tinieblas se desvanecieron dejando lugar a una deliciosa mañana de primavera.

* * *

—Dime una cosa, Jan —dijo Fiala, sacándolo de sus ensoñaciones. Se había quedado momentáneamente dormido y sus párpados aún estaban llenos de coloridas imágenes oníricas — ¿No echas de menos tu vida anterior? ¿No te duelen tus alas rotas?

El Caballero de los Bosques guardó silencio unos momentos y miró a través de la ventana de la biblioteca. El astro Sol vertía su luz primaveral sobre las piedras del castillo. Por

alguna razón, ya no se le antojaba tan ruinoso y abandonado.

—Sí, me duelen —repuso al fin—. Pero ahora tengo parches de papel...



Marina Ortega Andrés

Historias de bibliotecas

Marina Ortega Andrés

Historias de bibliotecas

Volví a sentarme en la silla de la esquina, en la mesa del fondo, de espaldas a los libros. Me encantaba ese sitio, porque desde ahí podía ver casi toda la sala, era el sitio perfecto para distraerse con los universitarios que memorizaban fechas, garabateaban problemas o analizaban los datos escritos sobre el papel. También era el lugar ideal para ponerse de espaldas a todos ellos, frente a la estantería repleta de libros titulados, entre los que se podía escoger el que más apeteciera.

Cuando acaricio el lomo de los libros, me gusta sentirme a solas con ellos. Los miro, los tomo entre mis manos, abro una página cual-

quiera, la huelo, porque adoro el olor a libro antiguo, y leo. Si esa página consigue atraer mi curiosidad, cierro y vuelvo a la primera.

La magia del libro, a veces, no está tanto en el argumento como en la lectura, en los personajes, en las marionetas que hacen crecer la historia. Si el autor se engancha y se encariña de sus personajes, la historia puede permitirse el lujo de ser superflua. Da igual que se lea en el papel o desde una pantalla digital. Son sus rasgos, sus gestos, cómo maduran, cómo crecen, cómo cambian en el relato. Eso no se ve en la tapa de detrás del libro, eso se ve en los diálogos. Por eso busco en el libro una página con un diálogo, y compruebo si tiene más interés que las personas de mí alrededor.

Aquella mañana no encontré ningún diálogo en el papel, pero lo vi en sus miradas, en la de aquellos estudiantes que se aferraban a sus folios, y en la tuya, que estabas entre ellos. Me senté en aquella esquina e inventé mi propia historia. Tú leías un texto que te hizo sonreír; ellos, aquellos chicos del otro lado de la mesa, que parecían hacer el intento de estudiar sin lograr concentrarse demasiado, se miraron extrañados. A ti pareció no importarte, puede que ni siquiera te dieras cuenta. Pero cuando

parecieron encontrar algo muy gracioso en su teléfono móvil, descubrí que con media sonrisa te burlabas en silencio de ellos. No necesité más, fue suficiente para empezar a jugar a contigo.

Decidí escribir mi propia historia, me imaginé que podía leer tu mente, conocer tus más embarazosos recuerdos y adivinar las decisiones que tomarías en un futuro. Aquel día me inventé tu carácter, tu personalidad, y los problemas que te podrían inquietar, obligándote a madurar en el tiempo contra tu voluntad. Así era mi historia, tan distinta de la que fue la nuestra más tarde.

Podía ser que tus padres se separaran hacía un par de años. Tal vez eso marcara tu vida para siempre, e incluso me aventuré a imaginar que el novio de tu madre te caía mal. En tal caso, tú irías de vez en cuando a cenar a su casa, pero la mayoría de los viernes pondrías la excusa de tener que estudiar.

Quizás con tu padre tampoco te entendieras bien, pero pasarías más tiempo con él, porque sabrías que te necesita más, aunque te llamase menos. Puede que eso hiciera que perdieras la esperanza, que pensases que nunca ibas a encontrar a nadie en quien confiar lo suficiente como para compartir los detalles más íntimos de tu vida. Tal vez porque ya te decepciona-

ron una vez, porque confiaste en alguien y no salió bien. No porque se portara mal contigo, sino porque no supisteis entenderos; porque no siempre es fácil entenderse. Las historias de los libros tienen el final elegido por quien las escribe, pero los finales de las historias de la vida real no son más que el comienzo de otra nueva.

Imaginé que tu historia comenzó cuando ella, la persona a la que no pudiste entender, ni tampoco ella a ti, te sonrió y tú te acercaste. Quedaríais un par de veces, tal vez más. Te besaría y tú sonreirías cuando ella lo hiciera. Con el tiempo, te diría que te quería y a ti te gustaría oírlo. Pasearíais, os besaríais. Tú la abrazarías cuando ella estuviese triste y ella te sacaría a bailar cuando te viese preocupado. Un día, tú le confesarías que la querías, aunque ella ya lo supiese. Acabarías descubriendo cosas de ella que no te gustarían y ella, probablemente, te contase las que no le gustaban de ti. Tú le explicarías que no cambiarías esas cosas, ella lo aceptaría pero esperaría que cambiaras, y tendría razón, los dos cambiaríais.

Os pelearíais, ella te gritaría, tú la ignorarías. Haríais las paces, os besaríais, pasearíais... Ella empezaría a dudar y tú no lo sabrías; tú te

enfadarías y ella no se daría cuenta. La harías llorar aunque no te gustase verla así. Volveríais a hacer las paces, puede que una vez al mes, luego a la semana, tal vez incluso dos o tres. Ella te seguiría gritando y tú te acabarías acostumbrando a verla llorar. Al llegar el verano os separaríais, porque tal vez ella viviese en otra ciudad, incluso puede que tú también. El amor de los universitarios siempre se distancia en julio y a veces regresa en septiembre, pero sólo a veces. Quizás ella no te echara de menos, en ese caso, tú te darías cuenta y dejarías de quererla.

Imaginé que os encontraríais de nuevo en otoño, ella te vería sonreírle a otra, a alguna chica de ojos verdes. Probablemente, la verías reírse, sonreír y puede que escucharas sus carcajadas. Yo a ella me la imaginé siendo feliz. Y a ti... Bueno, ella pensaría que tú también debías serlo. Pero se equivocaría, la chica de ojos verdes no sabría hacerte reír, igual que la otra no supo hacerlo al final de la historia. Pero tampoco irías a buscar otra, porque habrías dejado de creer que la chica perfecta para ti exista. Por eso sonreías leyendo textos de la biblioteca, igual que yo imaginándome tu historia.

Fuiste un personaje más de mi historia, porque aquel día preferí vivir una historia in-

ventada, perfecta o no, pero más deseable que mi realidad. Porque yo no era ni la chica que no te logró entender ni la que te miraba con ojos verdes, yo sólo era la chica con gafas que leía un libro frente a ti.

Me miraste y desvié la mirada, asustada, pensando en lo absurdo de mi reacción que no hacía más que confirmar que pensaba en ti mientras te miraba. Lo mejor habría sido sonreírte, o quedarme mirando aún un rato más, aparentando que te miro sin verte, como cuando se sueña despierto. Pero no, yo era esa chica que ardía de vergüenza. Acalorada, decidí ir al baño a refrescarme con agua fría para que se me pasaran el rubor y la estupidez. Al regresar ya no estabas, suspiré, entre aliviada y decepcionada. Una parte de mi deseaba que te hubieses atrevido a acercarte. Cogí el primer libro que encontré sobre la mesa, sin importarme demasiado cuál era y salí lo más rápido posible de la sala. Dejé con prisa *La Crítica de la razón práctica* a la bibliotecaria para que lo pasara por el escáner, cogiera mi carné de la biblioteca y me devolviese la obra kantiana.

Allí estaba a la mañana del día siguiente, en el mismo sitio, esperando que aparecieras, deseando que lo hicieras. Llegaste una hora más

tarde que yo. Yo leía sin entender la *Fenomenología del espíritu*. Sólo con verme se descubría que estudiaba filosofía. Tú tecleabas en la calculadora y escribías fórmulas incomprensibles. Te levantaste para ir a algún sitio que me era desconocido, tal vez el lavabo, o quizás habías olvidado algo. En cualquier caso, habías dejado allí tus cosas. La curiosidad me obligó a pasearme entre tus cuentas y seguir las líneas de tus gráficos. Entre los números vislumbré un sólo título, *Trampa 22*, me sonaba, tal vez demasiado para ser algún manual de ciencias. Busqué entre las estanterías, primero en la sección de estadística, luego matemáticas, ciencias, ingenierías... nada; hasta que me atreví a acercarme a los clásicos de la novela, allí estaba, escondido en la sección de literatura del s. XX, junto con *Carpe Diem* y otros títulos estadounidenses.

Sin que me vieras, o pensando yo que no lo hacías, puse el libro entre los del montón de mi lado, a la izquierda de los restos de tu goma de borrar. Me preguntaba si me hablarías en caso de que sospecharas que compartíamos, al menos, el gusto literario.

Te marchaste a las siete de la tarde, lo recogiste todo, lo guardaste en una mochila llena de libretas y saliste de la biblioteca con paso

acelerado. Yo me quedé allí, imaginando que te hubiese mirado alguna vez en toda la tarde y tú a mí también, en lugar de ignorarnos el uno al otro. Pasé el resto de las horas leyendo aquel libro, cuyo título, había descubierto entre tus apuntes. Hasta que a las ocho y media decidí ir a casa a cenar y seguir con mi nueva tarea.

Tardé tres noches y dos días en leer el libro, sólo entonces volví a la biblioteca. Pero ese día ya no estabas. Revisé los libros que descansaban en la estantería de detrás. Me sabía los que había de memoria, en la fila de arriba los de Nietzsche; debajo Schopenhauer, justo después de una amalgama de obras de filosofía romántica y encima de la Ilustración que se condecoraba con Kant. Dejé *Alicia en el país de las maravillas* en la estantería, entre el *Anticristo* y *El caso Wagner*, justo enfrente de dónde tú solías sentarte. Aquel libro era mío, no pertenecía a la biblioteca, pero tenía mi nombre escrito, tanto en la portada como en la primera página en blanco. Quizás te dieras cuenta de aquel detalle.

Cuando llegaste, te sentaste como siempre, sacaste tus folios garabateados y comenzaste a inspeccionarlos. Sólo después de una hora decidiste estirarte, para pasear entre los libros,

como hacías siempre. Les echabas un ojo por encima, caminando por detrás de mí, mientras yo te observaba de reojo, con el corazón más acelerado que de costumbre. Por primera vez desde que te sentaste frente a mí, te detuviste frente a uno, lo cogiste, te oí abrirlo y te imaginé leyendo. Volviste a sentarte con aquel libro en la mano, buscando el sello inexistente de la biblioteca, que había sido sustituido por mi nombre y apellidos.

Pude sentir tu mirada clavada en mí mientras yo la ignoraba, agradecida porque tu sonrisa descubría que lo habías entendido; azorada porque hubieses entendido más cosas de las que yo hubiera querido. Pero si no me devolvías el libro, sino que lo guardabas, lo leías y volvías a ponerlo donde yo lo había dejado, habría merecido la pena. Y así lo hiciste.

Tres días más tarde mi libro estaba donde lo dejé, con los mismos subrayados de lápiz azul que yo había marcado en mis líneas favoritas, y acompañadas además por tus frases preferidas con lápiz rojo.

Te sentaste frente a mí, como siempre. No pude evitar imaginarte cruzando la mirada con esa chica que leía un libro, sentada con las piernas cruzadas.

Ambos sonreiríais y compartiríais un momento único, de esos primeros momentos que si son únicos no se estropean. Esa chica sería perfecta para ti, porque aunque no os pareceríais mucho, al menos no a primera vista, compartiríais esos pequeños detalles que muy pocos logran compartir.

Si tus padres no se hubieran separado, como yo ya me imaginé el día que te vi por primera vez, o si su divorcio no te hubiera afectado como lo hizo en mi imaginación, la invitarías al cine y descubrirías cuánto te haría reír. Os encontraríais en un concierto de Jazz y te descubrirías que no tienes porqué ir sólo a esos sitios. Tomaríais un café y te contaría que sus padres están felizmente jubilados viviendo en una casa en la playa. Entonces se la presentaría a tu padre y disfrutarías viendo que a él también reiría con su compañía.

Poco a poco confiarías en ella, y, ¿por qué no? Puede que hasta te enamoraras. Pero como tú no creerías en esas cosas, porque, en mi imaginación, el divorcio de tus padres no te lo permitía, la historia no pudo ser esa. Podría haber sido ella quien se acercara y te invitara al cine a ti. Pero no lo hice, porque siempre imagino sin atreverme a actuar. Aquella vez no

fue diferente. Pasó la tarde sin que habláramos, sin que supiéramos nada el uno del otro, más que tal vez nuestros gustos literarios.

Fue al día siguiente cuando encontré *El perfume*, escondido entre las obras de Nietzsche. Yo no habría sabido decir si la pestilencia de las calles de París me asqueaba o emocionaba; si la nariz del asesino entre las líneas del cuerpo de aquellas mujeres me repugnaba o me maravillaba. Me preguntaba si también a ti te causaría esa sensación cuando lo leíste. Esta vez no había frases señaladas en rojo, tampoco yo manché tus páginas de azul, quizás le tenías un respeto especial, posiblemente porque te lo regalara tu abuela que dedicaba la primera página con letra curva y temblorosa, seguramente por la edad:

Espero que te guste, Feliz navidad.

Besos, tu abuela Concha.

Me pregunté como sería y me imaginé que se despertaba al amanecer, como llevaba haciendo desde pequeña. Desde que se levantaba al alba y ayudaba en los quehaceres diarios. Siendo niña, primero prepararía el desayuno para tu bisabuelo, ella iría a la panadería que seguramente abría a las seis de la mañana y le pediría a Antonio sus

tres barras de pan diarias. Cuando regresaba, su padre ya estaría despierto y vestido, tomaría el desayuno y se marcharía al campo hasta las una, que era cuando almorzaban aquellas comidas en familia que su madre y ella habrían pasado toda la mañana preparando.

Pero, seguramente, ahora levantarse al amanecer no le fuera tan sencillo. Al instante de despegar sus párpados arrugados, sentiría el peso de los años en cada una de las células que la obligarían a entrar en la vejez.

Ojos profundos y sombríos, bajo un par de líneas blancas apenas ya visibles que pudiesen protegerla de un casi inexistente sudor en la frente. Una frente trazada por las líneas del mapa, dibujada por pensamientos. Ella vería por las calles rostros marcados también por las líneas del tiempo, y ya sabría distinguir en su rostro, qué caminos se marcan en el entrecejo por las preocupaciones y qué curvas bordean los labios por la felicidad. A su edad seguro que se miraba a la cara y se preguntaba: ¿He sido feliz? Y muy probablemente no sabría decir si su rostro estaba más marcado por unos u otros surcos.

Al incorporarse, sentiría sus huesos envejecer. Ya estaría acostumbrada a ello, los años pasan rápidos, demasiado, pero poco a poco, hacién-

dole participe de cada uno de los desgastes de su cuerpo.

Como una casa vieja, que a la vista se la ve deteriorada, desgastada, usada y rota; y por dentro se queda antigua. Tal vez las bombillas y los braseros de una casa antigua sigan funcionando, pero no tienen nada que hacer al lado de una red wifi. Al verse en el espejo se daría cuenta de la casa en la que se había convertido: vieja y arrugada al mirarla, anticuada al escucharla hablar en un mundo que había cambiado.

Sus manos morenas, rígidas, y tensas; protegidas por una piel rugosa y marcada por el paso de los años, serían como garras de águila, sin apenas movilidad en los dedos. Unas manos que ni siquiera en su juventud habrían podido tener la movilidad de los dedos de hoy. Manos ágiles, de dedos largos y hábiles señalan en todas direcciones, capaces de hacer cosas y manejar lo imposible para ella. Manos que habían sustituido la frialdad de coger la aguja y la dureza de cortar una rosa por la habilidad de escribir sobre el teclado.

Recodé una conversación mía de hacía muchos años:

—Papá, ¿por qué las manos del tito y del abuelo no son como las mías?

—¿Qué quieres decir?

—No sé...

—Están arrugadas porque son mayores...

—Ya, lo sé. No es eso.

—¿Entonces?

—Es que.... Es que yo tengo los dedos más finos y los muevo más, como tú, creo que los puedo mover más que tú... Y ellos los tienen así..... Quietos, como si no se relajaran.

—Son manos de campo.

—¿Eso también es porque son mayores?

Pensé que dentro de unos años mi hijo o hija me preguntaría porqué sus abuelos tienen un callo en el dedo corazón. Les respondería que son manos de escribir...

Eso es lo maravilloso del tiempo, del crecer y el envejecer. Cambia nuestra cara, nuestro cuerpo, nuestro dolor. Pero no cambian nuestros pensamientos, sino que se atrancan en un atrás y vemos como los demás avanzan sin dejarnos seguir con ellos. Te miré las manos, dándome cuenta de que tus dedos tenían callos, muchos más pequeños de los que yo le había visto a mi padre. Yo en cambio, carecía de ellos. Por otro lado, mis dedos, aunque acostumbrados a cortarse con las páginas, también sabían bailar en la pantalla táctil del libro digital, sobre la

que era capaz de leer los diálogos que Platón escribió en pergaminos griegos.

Aquel día, por primera vez, desaparecí yo de la biblioteca antes de que tú te marcharas. Quizás fue por eso por lo que también llegué demasiado tarde al día siguiente. Ya estabas sentado donde siempre cuando yo aparecí. Dejé, esta vez sin disimular, *Ulises* de Joyce, en la estantería. Y me senté en la mesa, dispuesta a avanzar en el estudio y no volver a permitirme engatusar por la imaginación. Como yo había tardado demasiado en llegar, tuve que tardar más de la cuenta para irme; vi como cogías el libro, también sin disimular demasiado, recogías tus cosas y te marchabas, no sin antes clavar en mí tu mirada. Levemente tus labios se separaron el uno del otro, sin atreverse a pronunciar alguna palabra, yo ignoré tu intento, tal vez por ansiedad, o por la falta de costumbre. Te arrepentiste y te marchaste, dejándome con la intriga de cómo sería tu voz.

Al día siguiente me encontré Cándido, esperándome en aquel estante. Por primera vez, me habías dado un libro nuevo antes de devolverme el mío propio. Mientras estudiabas frente a mí yo pensaba en tus padres. Tal vez el novio de tu madre tuviese mucho dinero,

por eso a ti te caería mal. Porque mientras tu padre quizás esté sólo y con un trabajo tedioso como tantos otros, tu madre se iría de viaje con su novio novio. Puede que disfrutase de las vistas de África desde un globo, que tomara el sol en Punta Cana, que se fuera de compras por Nueva York y degustase la comida francesa. Puede que cada verano viajasen a un lugar distinto al que te ofrecerían ir y tú te negarías; o puede que no te negaras a viajar con ellos, porque a tu madre le haría ilusión que te llevases bien con su pareja. En tal caso, tú fingirías que te cae bien, y los tres sabríais e ignoraríais que es fingido. Luego tu madre te preguntaría a escondidas cómo se encuentra tu padre. Tú la engañarías y le dirías que bien, ella sabría que le estarías mintiendo y simularía no darse cuenta.

Tu padre iría de vez en cuando a ver a tu hermana, ella sería mayor que tú y viviría en Madrid o Barcelona. Por eso tu padre se sentiría tan sólo, ya no tendría la necesidad de desvelarse por nadie más que él mismo. Sus hijos se habrían hecho mayores y él también, demasiado mayor para atreverse a buscar un nuevo trabajo, demasiado joven para rendirse a la soledad de la vejez.

Fuiste tú quien me distrajo de mis pensamientos cuando te levantaste de la mesa y te marchaste. Esta vez no hubo intento alguno de hablarme. Supuse que te habías conformado al comprobar que había recogido el libro del estante.

Ya era muy tarde cuando decidí salir de allí. Me sentía decepcionada porque no me hubieses devuelto *Ulises*. Recogí mis cosas, colocando los libros en el interior de mi mochila. Y abandoné la biblioteca, iluminada por los relámpagos que sacudían la noche.

Al día siguiente volví a llegar antes que tú, esta vez sin ningún libro preparado. Aún esperaba encontrar *Ulises* sobre la estantería. Pero cuando dejé *Cándido* en el lugar de siempre, no encontré nada que pudiese recoger. Me sentí molesta contigo, así que decidí pasearme por aquellas estanterías de libros para distraerme. Puede que encontrase algún título interesante, alguna novela de misterio, tal vez de asesinatos. Normalmente cuando los personajes de mis historias me decepcionaban, los abandonaba y buscaba algún relato distinto. A veces, tardaba mucho tiempo en encontrar a alguien que llamase mi atención. Mientras tanto, imaginaba con los personajes de los libros.

Me propuse buscar un buen crimen entre los clásicos de la novela negra. Paseaba absorta entre los títulos, esperando encontrar alguno que lograra impedir que estuviera atenta a cuando llegaras. Poirot solía hacer un análisis de los sospechosos lo suficientemente riguroso como para enamorarme de cada uno de sus crímenes, pero había leído la mayoría de ellos. Siguiendo a Agatha Christie, recordé cuanto disfruté de los *Diez negritos*; revisé las hazañas de Sherlock Holmes, desde *El caso escarlata* hasta *El valle del Terror*, los siguientes relatos nunca terminaron de convencerme. Un escritor debe saber deshacerse de un personaje cuando se ha agotado. *Adiós, muñeca*, una de las más famosas obras de Chandler, atrajo mi atención, tal vez porque aunque vi la película, no había leído el libro. Lo tomé entre mis dedos, abrí por una página, no recuerdo qué número era... A partir de ese momento, no pude parar. Estaba absorta, entusiasmada. Ni siquiera paré para volver a la primera página. Continué leyendo por los pasillos, entre estanterías y mesas, caminando despacio para no chocar. Philip Marlowe era el típico detective de la novela negra. Un hombre frío, y distante, incluso prepotente. Tenía esa arrogancia del hombre amargado que esconde la nostalgia debajo del sombrero y la gabardina...

Apenas pude reaccionar. El choque fue inevitable. Intenté no tropezarme agarrándome a un brazo. Resbalé, perdí el equilibrio, me fallaron las piernas y caí de rodillas. Los libros en el suelo. Risas tras de mí. Todo el mundo debía de estar mirándome. Yo seguía anclada en el suelo con mi mano derecha aferrada a lo que debía ser la manga de una camiseta. La solté y sin atreverme a mirar a nadie, me dispuse a recoger los libros que había tirado, intentando no aturullarme mientras pedía disculpas. Me fijé en los títulos que decoraban el suelo: *El árbol de la ciencia*, dos manuales de Matemáticas, *Zaratustra*, *Cándido* y *Ulises*, con un marcapáginas por la mitad... Cogí aquellos dos libros con ambas manos, petrificada. Te miré, tú también me estabas mirando a mí. Probablemente desde el choque. Me pregunté por qué estarías allí, porqué tendrías aquellos libros. Quizás me habría tropezado contigo mientras recogías para marcharte, o puede que estuvieras eligiendo títulos para leer como había hecho yo un momento antes. Me mirabas entre divertido y avergonzado. Abriste la boca como para decirme algo, quizás me preguntarías si estaba bien o si me había hecho daño. Cualquiera lo habría hecho. Pero tus labios se limitaron a sonreír

levemente. Sin pensarlo demasiado te devolví los libros, todos menos *Ulises* que era mío, y salí caminando rápido. No me di cuenta de que llevaba a *Zaratustra* en la mano, mientras tu observabas cómo me marchaba, sosteniendo *Adiós, muñeca*.

Al día siguiente evité la vergüenza de volver a sentarme frente a ti sentándome en otro sitio diferente. Al lado de la ventana, al fondo de la sala. Procuré recoger todos los libros que necesitaría aquella tarde antes de que llegaras. Pensé en no pasarme por la sección de filosofía hasta ya entrada la noche, cuando estuvieran a punto de cerrar. Tú solías marcharte a las siete, desde esa hora hasta las ocho y media que cerraban, tendría tiempo de sobra.

Cayó la noche del mes de diciembre, los días cada vez eran más cortos, el frío empezaba a helarnos la sangre, el viento amenazaba con romper los cristales de las ventanas, mientras las gotas de agua se deslizaban con lentitud. Desde mi ventana observé cómo te adentrabas en la oscuridad, sin paraguas, sólo cubriéndote la cabeza con la capucha de tu chubasquero.

Imaginé el miedo que no sentirías al ver el individuo que, apoyado en la pared, te miraba

pasar, porque los hombres creen que por ser hombres no les ocurrirá nada, y puede que tengan razón, pero si les ocurriese se defenderían casi del mismo modo que una mujer. Mientras muchas amigas mías llamarían por teléfono a sus madres antes de cruzar la calle, pensando que eso las protegería, tú cerrarías la capucha, seguro de que nadie intentaría violarte, o atacarte. Pude observar como aquel hombre seguía tus pasos, con la suficiente lentitud para mantener una distancia que no te alertara de su presencia, pero lo bastante rápido como para no perderte de vista. Cruzó la calle, justo detrás de ti y se adentró en aquel callejón, en el que yo no podía vislumbraros.

Sentí mi pulso acelerarse. Esperé un par de segundos que parecieron minutos enteros. No salíais, ni tú ni él. Era un callejón sin salida, o eso creía recordar. Imaginé las cosas que podían ocurrir en aquel lugar. ¿Por qué seguirte a un callejón oscuro? ¿Qué posibilidades había de que fuerais al mismo sitio? ¿Qué había allí? Un café, demasiado escondido para tener clientela. Yo iba allí los sábados por la tarde, nunca te había visto. Tal vez vivieses en el edificio, en ese edificio amarillo con ventanales que yo adoraba. ¿Y él? ¿También vivía allí? Probablemente no,

seguramente iba al café, o puede que te fuera siguiendo por algún motivo...

Dejé los libros sobre la mesa; la mochila en el suelo y las caras de los estudiantes fijas en sus apuntes. El chubasquero; ¿dónde estaba el móvil? En el bolsillo de los vaqueros... El ascensor subía demasiado lento. Escaleras, bajé las escaleras lo más rápido que pude. La puerta de salida pesaba demasiado, siempre pesaba demasiado. Mis zancadas aplastaban los charcos sobre la calzada. Bocinas. Mi pulso acelerado. El aire gélido en la garganta. Mi propia respiración entrecortada. Las zapatillas caladas de agua. El callejón... nada. Sólo una respiración. ¿La tuya?

Una sombra. Se abalanzó sobre mí. No podía respirar. Intenté morderle, imposible. El filo de la navaja acariciando mi garganta. Su lengua áspera recorriendo mi cara. Pasos, se acercaban. Quise gritar, avisar a quien fuese. No pude. El golpe sobre la cabeza fue brutal. Caí al suelo. No podía moverme. Oscuridad...

Desperté en aquella habitación sin saber muy bien dónde estaba. ¿Había sido un sueño? Tal vez esa era mi habitación, puede que me desmayara, o quizás me había vuelto loca. Sólo una loca se enamoraría de una historia inventada. Hice el esfuerzo de incorporarme y mirar a mi

alrededor. Un libro me esperaba sobre la única mesa que decoraba la habitación del hospital: *Adiós, muñeca*. Recorrí la escena con la mirada, aún era de noche, debía de ser muy de noche porque oía una respiración dormida. Eras tú que soñabas sentado en la silla de la esquina. Me pregunté qué soñarías, tal vez sobre historias de libros. Quizás tenías pesadillas. Puede que te acordaras de tu padre, de tu abuela o, ¿por qué no? De mí.

La curiosidad de Alicia, la locura fingida del capitán Yossarian, los asesinatos de Grenouille y las desgracias del perfecto mundo de Cándido nos mantuvieron sentados en aquellas sillas durante horas. Me empeñé en inventarte, en descubrirte, en imaginarte. Quise crear tu historia, ver cómo crecería y cómo evolucionaría tu vida. Me había esforzado tanto por descubrir cada detalle, por recrearlo, por hacerlo mío. Había puesto todo mi tiempo en crear una historia irreal sobre ti y sobre mí. Había querido jugar contigo, como hacía con todos. Buscaba cualquier víctima, cualquiera que atrajese mi atención, que pudiese convertirse en un personaje de mi historia, en mi marioneta. Y sin darme cuenta me había convertido en parte de esa historia, de mi propia historia.

Tal vez, sólo tal vez, había llegado el momento de vivirla. Aún quedaban muchas historias que inventar, siempre habría historias escondidas en las bibliotecas. Al fin y al cabo, los libros y sus personajes, una vez escritos, de una forma u otra, son inmortales, por eso nunca desaparecerán...



Alba Natalia Porras Segovia

La biblioteca prohibida

Alba Natalia Porras Segovia

La biblioteca prohibida

—El gran error de Cela en “La familia de Pascual Duarte” es la escena en que Pascual mata a la perra, porque el resto de los personajes a los que asesina le resultan antipáticos al lector, pero la perra era una criatura inocente, que le profesaba un amor incondicional. Es un error imperdonable. —Comentaba Daniel a un compañero, a la salida de clase de literatura.

—Sí, pero a ver, eso lo hace porque...

—Sí, ya sé que lo hace precisamente por esa sumisión del animal, —le interrumpió Daniel— porque esa subordinación le resulta repugnante y él se rebela contra ella a lo largo de la novela, pero aun así se trata de un acto

innecesario y caprichoso, que hace que el lector inmediatamente desarrolle repulsa hacia el protagonista...

—En fin, Dani, me tengo que ir, nos vemos mañana.

Hay personas que pueden hablar con gran autoridad de una actividad a la que nunca se han dedicado. Esto le ocurría a Daniel con la literatura. Una de sus ocupaciones favoritas era dedicarse a encontrar defectos a cualquier libro que pasara por sus manos. El gran objeto de sus críticas lo constituían los “best-seller” de turno, que Daniel aborrecía sin remedio. Pero tampoco escapaban a su ojo crítico las obras mayores, obras que en realidad respetaba y admiraba, pero que no por ello estaban exentas de errores para este exigente lector.

Oyéndole hablar con tal seguridad y vehemencia, alguien habría podido pensar que nuestro protagonista también se dedicaba, en mayor o menor medida, al noble arte de escribir. Nada más lejos de la realidad: Daniel no había conseguido escribir más de dos renglones seguidos en su vida. Sin embargo, y aunque resulte paradójico, su secreta ambición era ser escritor. Desde luego, ya tenía

una edad suficiente para emprender intentos si quería seguir esta profesión, pero su gran capacidad para la crítica le jugaba malas pasadas: Daniel había cultivado en tan alto grado su nivel de exigencia, que habría sido una auténtica hipocresía que esa crítica no se extendiese también a sí mismo, y Daniel sería muchas cosas, pero al menos es obligado decir que no era un hipócrita. Si era crítico con las obras ajenas, con las propias (o más bien con sus intentos) profesaba un nivel de autocrítica rayado en la vergüenza, que le hacía destruir todo lo emprendido y rendirse antes de comenzar, sin tener en cuenta que incluso los más célebres autores hubieron de tener comienzos más humildes.

Aquél día transcurrió para Daniel más o menos igual que cualquier otro: llegó a casa cansado de las anodinas clases en la facultad y arrojó su mochila con desgana en el sillón de la que era su habitación favorita dentro de la casa en que vivía con sus padres: el estudio. Esta habitación, a la que Daniel llamaba con cierta presunción “la biblioteca”, contenía una estantería de considerable tamaño repleta de libros, una mesa situada enfrente de la ventana, y un sillón de lectura. Daniel, que no tenía muchos

amigos, pasaba entre estas cuatro paredes la mayoría de su tiempo libre.

Hoy se encontraba Daniel especialmente animado y decidió emprender uno de sus fugaces intentos por perseguir su sueño: abrió el ordenador e intentó escribir. “Algo, lo que sea, una frase”, se dijo, “si no lo va a ver nadie”. Empezó a teclear: “Jueves, mediodía en la gran ciudad. El sol se filtra por entre...”, “por entre... ¡Mierda!”. Frustrado, borró lo que había escrito y cerró la tapa del ordenador de un golpe. El resto de la tarde decidió dedicarla a algo más productivo: a la que era sin duda su actividad favorita, algo que le gustaba más incluso que criticar obras ajenas: leerlas. Decía Jorge Luís Borges que mientras algunos se jactaban de lo que habían escrito, él se sentía orgulloso de lo que había leído. Desde este punto de vista, Daniel tenía bastante de lo que estar orgulloso. Lector apasionado, a su corta edad había hecho un repaso bastante extenso por la literatura universal. Autores como Thomas Mann, Dostoievsky, Flaubert o J.D. Salinger se contaban entre sus predilectos. Pero una única obra había conseguido escapar a cualquier atisbo de crítica por su parte: *El Principito*, de Saint-Exupéry.

Recostado en el sillón, reanudó su última lectura, los Cuentos de la Alhambra, a la que acusaba Daniel cierta simplicidad narrativa, y así empleó su tiempo hasta que fue interrumpido por la visita de sus abuelos y tuvo que cambiar su tarea por la más pesada labor de aguantar a su madre revisando viejos álbumes de fotos.

—Ésta es de nuestro viaje a Londres, con la vieja caravana. Queríamos ir en avión, ¡pero estaba todo carísimo! Dani sólo tenía tres añitos. ¡Oh, aquí estás monísimo, mira qué carita! ¡Oy, oy, oy ! —Dijo la madre de Daniel, que respondió sonrojándose.

—Sí, mamá, ya lo sé, de niño era un encanto y ahora soy un borde, ¡qué pena!

—¡De verdad!, ¿por qué no te pudiste quedar así?

—¿Quieres probar el vino, Dani? —le preguntó su padre.

—¿Pero cómo le vas a dar vino al niño?

—¡Abuela, que tengo ya 20 años! —Respondió Daniel acercando su copa.

Daniel subió a acostarse temprano, un tanto mareado. Lo cierto es que él jamás bebía, pero se sintió sinceramente ofendido ante el inocente comentario de su abuela, y empezaba a pensar que aceptar el vino no había sido una gran idea.

Se metió rápidamente en la cama y enseguida se quedó dormido, sumiéndose en un vívido sueño: Daniel se encontró a sí mismo vestido con una brillante armadura al pie de un camino que se perdía en el mar. A cierta distancia se divisaba un imponente castillo blanco que ocupaba casi por completo un pequeño islote rocoso, rodeado por el mar. Daniel avanzó hacia el castillo y el agua se abrió a su paso, desvelando el camino. Llegó al islote, subió las empinadas cuestas y franqueó la puerta de la fortaleza, que se encontraba abandonada y en penumbra. Recorrió los pasillos sin encontrar a nadie, hasta que atisbó una luz detrás de una rendija en la pared. Se acercó y descubrió una puerta secreta que conducía a una gran estancia circular, cuyas paredes estaban ocupadas por completo por grandes estanterías con un sinfín de libros de aspecto antiguo. Otras estanterías dispuestas en fila ocupaban la estancia junto con algunas mesas y sillas, y en el centro de la sala, alumbrada por los rayos del sol que descendían desde la cúpula en el techo, se podía leer una inscripción grabada en el suelo. Era una biblioteca magnífica y Daniel pasó un tiempo admirándola embelesado, hasta que oyó la puerta cerrarse detrás de él de un golpe.

Fue hacia ella pero no pudo abrirla. Asustado, recorrió la habitación buscando una salida alternativa y entonces reparó en la inscripción grabada en el suelo, que rezaba: “aquél que abra las puertas de la biblioteca prohibida, no podrá abandonarla hasta haber adquirido toda la sabiduría que contiene”.

La admiración cedió paso al miedo y Daniel empezó a chocar inútilmente su espada contra las hojas de la puerta. Resignado, decidió coger uno de los innumerables volúmenes de la biblioteca. Al punto se vio trasladado a un escenario distinto: sobrevolando como un pájaro el cielo nocturno de una gran ciudad. Tras planear libremente por encima de los tejados comenzó a caer sin remedio y antes de tocar el suelo, despertó sobresaltado.

Tras intentar inútilmente dormirse de nuevo y recuperar su sueño, se levantó somnoliento y buscó rápidamente una hoja de papel para garabatear con torpe letra y aun más torpe expresión los elementos más básicos del sueño antes de que pudiera olvidarlo.

Después de aquello, los días se sucedieron unos a otros sin mayor interés. El sueño se fue desvaneciendo, hasta que sólo permanecieron las sensaciones que éste produjese: la admiración

ante la belleza del castillo en medio del mar y la imponente biblioteca, la desesperación al verse atrapado, la emoción de poder volar con libertad.

Con el tiempo también esto desapareció, hasta que finalmente sólo le quedaron las simples notas garabateadas. Si lo que había escrito Daniel hasta ahora le había parecido lo suficientemente mediocre como para destruirlo avergonzado, las palabras sobre el sueño sólo podía calificarlas de ridículas: “yo era caballero con armadura, y había un castillo muy grande en medio del mar, cuando caminas se abre el camino, y dentro del castillo había una biblioteca muy grande y te quedas encerrado y entonces...”. Sin embargo, no quiso destruir estas torpes palabras que le ligaban al sueño. Pero tampoco tuvo el valor de recomponer su historia y escribir algo decente a partir de ellas.

Hasta que una serie de extraños sucesos le hizo cambiar de idea. Un día cualquiera, mientras paseaba con un amigo por las calles de su ciudad, vio en una tienda medieval una armadura plateada, idéntica a la que Daniel portaba en el sueño. Naturalmente, achacó el hallazgo a una simple coincidencia e incluso filosofó un poco al respecto:

—Existe un fenómeno psicológico muy frecuente que consiste en que, cuando por ejemplo nos compramos un coche nuevo, de repente vemos coches de la misma marca y modelo por todas partes, nos parece que todo el mundo se ha comprado el mismo coche, y es simplemente que nuestra atención se fija en este elemento ahora conocido.

—Ah, vale. ¿Y a qué viene eso?

—No, a nada, lo decía por decir...

Poco después, Daniel acompañó a sus padres a regañadientes a un bautizo. En el suelo de mármol de la iglesia, iluminada por los rayos del sol que se filtraban por la cristalera, se podía ver una inscripción en latín parcialmente borrada, que trajo a su memoria la inscripción en el suelo de la biblioteca prohibida. De nuevo, pensó que era una coincidencia sin importancia. Pero su escepticismo fue finalmente vencido por un hecho que escapó a su comprensión: mientras ojeaba una revista en la consulta del dentista, dio con un artículo sobre Normandía y al pasar la página, el castillo de sus sueños apareció ante sus ojos. Se trataba del monasterio y fortaleza de Saint Michel, ubicado en un islote del mismo nombre. Cuando la marea subía, la fortaleza quedaba rodeada por el mar,

ofreciendo la misma imagen que en su sueño. Exceptuando unos pocos detalles, como el color de la fachada, que era más bien gris que blanco, aquella fortificación era idéntica a la del sueño. Daniel no podía creerlo. “Pero si yo nunca he estado allí, ni lo había visto nunca antes, ¿cómo demonios...?”

Daniel era una persona bastante racional, nada propenso a creer en supersticiones o sucesos paranormales y tampoco era religioso. Pero por más que lo intentara no supo dar una explicación lógica al suceso. Salió de la consulta llevándose consigo la revista y paseó absorto hasta su casa, tratando de recordar en vano algún reportaje o alguna imagen de Saint Michel que hubiera podido ver con anterioridad, pero no recordó nada parecido.

Finalmente dejó de intentar buscar una explicación razonable y decidió interpretar aquello como una especie de señal, una señal de que tenía que perseguir su sueño y, animado por este misterio sin resolver, tomó la firme decisión de escribir un relato sobre su sueño.

A pesar de su determinación, los comienzos no fueron fáciles para Daniel. Apenas empezaba una línea, la borraba como de costumbre. “Cuenta la leyenda que...no, no, no, qué poco original!”.

“Habtaba en el país de... ¿en el país de qué?”.
“Existía en cierta época... no, esto tampoco”.
“Había una vez... ¡esto es patético!” Por fin,
tras una larga serie de comienzos frustrados,
logró dar con un principio lo suficientemente
satisfactorio como para resistirse a borrarlo:

“Muchos años después de su muerte una
expedición de valientes guerreros lograría re-
petir los pasos que una vez recorriese nuestro
héroe hasta llegar a la biblioteca prohibida.
Cruzaron el camino a lo largo del mar que una
vez él mismo cruzase y alcanzaron el castillo
blanco, inmune al paso del tiempo. Encontra-
ron la puerta secreta en lo alto de la torre y se
adentraron en la mágica biblioteca, donde Zael
encontró su muerte y habitó los mejores años
de su vida. Postrado en el suelo, hallaron un
esqueleto como último vestigio del caballero,
todavía brillante su armadura, sujetando en
la mano de hueso un pequeño libro de tapas
azules...”

Una vez que halló su comienzo, no le fue
tan difícil progresar hasta el final. Después
de esta prolepsis pasó a relatar la historia del
protagonista: el caballero, al que nombró Zael,
llegó años antes en busca de la leyenda de la
biblioteca prohibida, y al cruzar sus puertas

quedó encerrado en ella, igual que le ocurriera a Daniel en el sueño, y no podría salir hasta que hubiera terminado de leer todos y cada uno de los libros que contenía. Tras pasar horas tratando de encontrar una salida, acuciado por el miedo a morir de hambre y sed antes de poder abarcar una mínima parte de los volúmenes de la biblioteca, el caballero, entrañando la inscripción semiborrada en el suelo, descubrió otra de las peculiaridades de esta biblioteca mágica y es que, al parecer, dentro de esta estancia uno sólo necesitaba alimentarse de sabiduría.

Pero todavía le quedaba una sorpresa mucho mayor por descubrir: al abrir cada uno de los libros de la biblioteca, el lector era transportado al interior de la historia. Daniel alargó considerablemente la narración deteniéndose en las diversas aventuras que vivía el caballero dentro de cada libro. Zael aparecía en las vidas de los protagonistas como caído del cielo y, les ayudaba en sus vicisitudes: una princesa cautiva, un misterioso mundo por descubrir, un pueblo en rebelión contra el imperio que les oprime... numerosas historias fueron surgiendo en la imaginación de Daniel, que dio rienda suelta a años de fantasías reprimidas. Lo que al principio concibió como un pequeño relato,

se estaba convirtiendo poco a poco en una novela corta. La tarea de escribir le absorbía por completo y pasaba largas horas en su estudio, paseando de un lado a otro imaginando nuevas historias o documentándose sobre el misterioso monasterio de Saint Michel.

La historia avanzaba, introduciendo nuevos elementos en las normas de esta biblioteca mágica: aunque el caballero no pasara hambre ni sed, sí que envejecía. Al principio este lento envejecimiento era imperceptible, pero conforme pasó el tiempo y el caballero llevó a sus espaldas cientos de libros leídos, se fue haciendo evidente que los años no pasaban en balde...

“Zael se sentía cada vez más viejo y más débil. Cuando abría un nuevo libro y se transportaba dentro de su historia, tenía la misma apariencia que el día en que descubrió la biblioteca, con toda la fuerza de su juventud intacta para afrontar cualquier peligro que se pusiera en su camino. Pero cuando volvía de una aventura estaba siempre un poco más viejo. Considerando el gran número de libros que contenía la biblioteca prohibida, no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que nuestro héroe comprendiese que no podría salir vivo de aquellos muros y que, de lograrlo, sería un anciano. Sin esperan-

zas de poder volver a su hogar, las historias se convirtieron en la verdadera vida del caballero”

Cuando por fin encontró un final que satisficiera su naturaleza inconformista, el documento marcaba la página 99:

“Zael había perdido la cuenta de los años transcurridos dentro de la biblioteca, perdida por completo la esperanza de poder volver a su vida anterior. Cada vez que volvía de sus amadas historias corría a abrir un nuevo volumen de la biblioteca y sumergirse en un nuevo pedazo de vida, que le prestase de nuevo su juventud y que le devolviera el calor humano que jamás volvería a encontrar en el mundo real. Tras volver de una aventura especialmente prolongada, Zael se encontró convertido de nuevo en un débil anciano y observó que únicamente quedaban dos libros sin tocar en la biblioteca prohibida: un gran libro encuadernado en cuero, y un pequeño libro de tapas azules. “Siento que estoy al borde de la muerte, apenas sí me sostengo en pie —pensó amargamente el caballero— pero, ¿quizás si mi cuerpo muriese mientras leo una de estas historias, mi alma quedaría atrapada dentro de ella? Si pudiera vivir para siempre

dentro de una historia...”. Con esperanzas renovadas, el caballero se dirigió hacia los libros que quedaban y eligió el de mayor extensión, pensando que así tendría más posibilidades de que su vida se extinguiera mientras lo leía. Se transportó por enésima vez a un mundo nuevo y vivió durante años como caballero errante en los montes perdidos de una tierra sin dueño, ayudando en su camino a quien lo necesitase. Pero Zael calculó mal su decisión y tras años vividos en esta extensa historia, despertó de nuevo en la biblioteca, más viejo si cabe que la última vez. Completamente extenuado, cayó al suelo. Apenas podía respirar. Al borde de la muerte, se arrastró hasta donde estaba el último libro de la biblioteca prohibida, ese pequeño libro azul, y consiguió abrir sus páginas poco antes de exhalar su último aliento...

Cuando años después la expedición alcanzó la biblioteca prohibida, el extraño hechizo que encerraba parecía haber desaparecido. No se cerró la puerta a su paso y nadie se transportó a mundos distintos al abrir los viejos libros. Era sólo una bella pero inerte biblioteca. Uno de los guerreros cogió el libro que Zael murió sosteniendo y leyó sus páginas como se lee un libro cualquiera. La novela contaba la bella

historia de una joven princesa que habitaba sola en un pequeño mundo y que puso fin a su soledad con la llegada inesperada de un misterioso caballero llamado Zael, que decía provenir de la biblioteca prohibida”.

Después de semanas de trabajo, Daniel dio por terminado su extenso relato. Cansado pero satisfecho, se desperezó en la silla y decidió hacer un descanso merecido.

Bajó al salón y cogió de nuevo la revista donde había visto el monasterio de Saint- Michel, admirando de nuevo la belleza de la fortaleza. Su madre se acercó y le vio sonreír mientras leía embelesado.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó.

—Es un artículo sobre el monasterio de Saint Michel. Es un sitio muy extraño, ¿sabes?: al descender la marea se puede ir por tierra, pero cuando la marea sube, la fortaleza queda rodeada por el mar.

—Ya lo sé, si nosotros hemos estado allí

—¿Papá y tú?

—No, los tres. Tú también venías, ¿no te acuerdas?

—¿Qué? —Daniel empezó a ponerse blanco.

—Es que eras muy pequeño, sólo tenías 3 años, es normal que no te acuerdes.

—Pero, pero... Nosotros nunca hemos estado en Francia. El único viaje que hicimos fue cuando fuimos a Inglaterra con la caravana.

—¿Y cómo crees que llega uno a Inglaterra desde España yendo en caravana? ¡Habrá que pasar por Francia, hijo mío!

El mapa de Europa se dibujó en la mente de Daniel a la vez que un gesto de tristeza se dibujaba en su rostro.

—Fue cuando inauguraron el canal de la mancha. —Siguió hablando la madre, ignorando la expresión absorta de su hijo—. ¡Ay, qué miedo pasé de pensar que íbamos por debajo del mar! ¿Qué tonta, no? En Londres nos robaron la cámara ¡Qué poca vergüenza!, Menos mal que teníamos los carretes guardados, pero ya no pudimos hacer más fotos. Y a la vuelta pasamos por Normandía, que es muy bonito aquello. A ti te encantó el castillo éste de San Miguel ¡Y es normal, si es que parece de cuento...! Eh, ¿adónde vas? ¡Que te estoy hablando!

Daniel se levantó y se dirigió cabizbajo al estudio, profundamente decepcionado.

No había ningún misterio en lo que le había ocurrido, sólo recuerdos sepultados que habían vuelto a él en forma de sueño. Una vez esfumado el misterio de Saint Michel, la armadura y

la inscripción en el suelo de la iglesia parecían de nuevo una simple coincidencia. La vida era igual de real que de costumbre y Daniel se sintió estafado.

Pero en realidad no tenía motivo alguno para quejarse, ya que con su aventura había ganado algo muy importante: había vencido por fin su vergüenza y había conseguido escribir un largo relato, al que tenía demasiado cariño como atreverse a destruirlo. Una vez superada la inicial decepción, Daniel decidió continuar el camino emprendido. Después de este primer intento, llegaron muchos más y no pasaron muchos años antes de que Daniel consiguiera publicar sus historias y cumplir su sueño de ser escritor. Su carácter se relajó y abandonó su hábito de criticar todo cuanto pasara por sus manos para ocupar su tiempo en crear más y más historias que ocuparían alguna vez los estantes de numerosas bibliotecas; y aunque ninguna de esas bibliotecas fuera la biblioteca prohibida, ni Daniel un caballero errante, sin duda podría al igual que éste pasar el resto de su vida sumergido en las páginas de una buena historia.



Isabel María Rodríguez Rubio

Nicoleta y el origen de la biblioteca

Isabel María Rodríguez Rubio

Nicoleta y el origen de la biblioteca

Nicoleta

¿Quién duda hoy de la inteligencia de los niños y niñas? Es cierto que son de baja estatura, tienen los brazos pequeños, las piernas pequeñas y los dientes pequeños. Se sientan en sillas pequeñas y montan en bicis pequeñas, pero eso no quiere decir que su inteligencia sea pequeña. Miran y se preguntan por qué las nubes tienen esa forma y saben que si se imaginan algo y las miran, se transforman en lo que han imaginado. Llevan los bolsillos cargados de tesoros (para aquellos que olvidaron su niñez, sería basura), de canicas

que hacen rodar, de palos que introducen en cualquier rendija, de papeles de colores con los que miran al trasluz, de caracoles con los que esperan tener una buena amistad. Les gusta ponerse bocabajo para mirar el mundo desde otra perspectiva y girar hasta marearse para descubrir si los árboles giran con ellos. Se ríen constantemente y lloran mucho, a veces son caprichosos y otras, consentidos. Quieren hacerse mayores muy rápido para hacer cosas de adultos, para cruzar la calle soltados de la mano y para no tenerle miedo a la oscuridad. A veces cometen errores, dicen “yo sabo” en lugar de “yo sé”, cuentan 1, 2, 5, 10, 14 mientras suben las escaleras de casa o dicen que el color de su pantalón es azul cuando claramente se ve que es rojo. Pero eso no los hace menos inteligentes, sólo están aprendiendo.

Nicoleta es una de las muchas niñas que pueblan nuestro planeta. Coincide con la descripción anterior. Le encanta el cielo y que le digan que es una chica valiente; prefiere el helado de vainilla antes que el de fresa; detesta las habichuelas aunque se las come (como todos los niños, sabe que son mágicas); le gusta peinarse con la raya en el medio, saltar los charcos y bucear en la bañera.

Nicoleta tiene una gata que se llama Achús porque estornuda más que maulla. Tiene una alergia permanente. Nicoleta aún no sabe a qué, pero sospecha que es a las personas mayores de mal carácter. Siempre están juntas menos en el colegio ¿quién ha visto a un gato sentado en un pupitre?

Hoy Nicoleta ha salido muy contenta del colegio porque ha metido un gol y porque el maestro Idolalio les ha mandado una tarea que deben hacer en casa. Tienen que buscar información sobre las bibliotecas porque muy pronto visitarán una.

La biblioteca y su origen

—Esto está chupado —dice Nicoleta sentada en su mesa de estudio—. Coge el rotulador verde que es su preferido y escribe con letras grandes y temblorosas:

LA BIBLIOTECA

Nicoleta piensa que te piensa y Achús ronca que te ronca. Las ideas fluyen solas. Nicoleta a veces se pregunta cómo hace su cabeza para inventar las palabras, para imaginar un elefante a rayas o a un cocodrilo en el dentista. Quizá

haya un hombrecito ahí dentro o puede que las ideas suban cada vez que respiramos, con cada inspiración una palabra nueva llega a nuestro cerebro.

Nicoleta ya ha escrito por lo menos 30 palabras. —Escucha Achús, mira qué maravilla de relato —y comienza a leer.

Yo conozco muchas bibliotecas. En mi habitación tengo una muy pequeña con cuentos de castillos, de guisantes, de submarinos y de osos astronautas. En mi cole hay una un poco más grande. No sólo hay cuentos, también hay películas, revistas de animales, diccionarios de francés, de inglés y hasta en el idioma de las hormigas. En mi barrio, hay una enorme ¡esa sí que es una biblioteca! Yo sólo sé contar hasta 107 pero sé que tiene más de 107 libros, por lo menos, tropecientos mil. En ella no se puede hablar, sólo leer, tampoco se puede correr (para eso está el parque y el patio del colegio). Es importante ir despacio, con cuidado de que las letras de los libros no se vayan a caer. No olvidar inclinar la cabeza nada más entrar porque si no será imposible leer los títulos de cada libro.

En la biblioteca todo tiene su lugar. Es sin duda, el sueño de cualquier señor o señora

“super” ordenado. Cada libro, película o Cd de música tiene varios números y letras. Le he preguntado a mamá. Eso se llama signatura y nos ayuda a buscar lo que queremos encontrar sin perdernos, porque os informo, la biblioteca es un laberinto de estanterías. Escuché que un día un niño se perdió y lo encontraron después de tres días en el pasillo de los libros de cocina con la boca llena de recetas de pato: de pato a la naranja, a la media luna y a la suma con llevada.

La biblioteca de mi barrio es mi lugar preferido después de la casa de la abuela Toñi y de la juguetería de la esquina, es que tiene una marioneta que me fascina. No puedo dejar de mirarla, este año le voy a escribir a Baltasar para que me la traiga. Lo que decía (es que cuando pienso en la marioneta Marimoñis se me va la cabeza) que la biblioteca me encanta, pero el mejor sitio de todos es ese que está hecho para nosotros los niños y las niñas. Tiene una alfombra gigante y cojines de colores, mesas y sillas pequeñas para que no nos cuelguen los pies y estanterías bajas para que no tengamos que utilizar escalera. En ellas hay libros de todos los colores que existen y de animales que no viven en nuestro planeta. Hay cuentos de enanos, de sirenas, de niñas

traviesas y de ogros bobalicones. Aunque estos libros están hechos para los más pequeños, si los papás, las mamás y los políticos los leyeran se darían cuenta de que a ellos también les gustarían. También les harían reír, llorar y soñar. Si los leyeran tendrían mejores ideas, nos dejarían comer más fresas y jugar con el barro, abrirían más heladerías y cambiarían el asfalto y los coches por el campo y los pájaros.

En la biblioteca viven Julio y Julia. Son los bibliotecarios o como ellos prefieren que les llamen: “los defensores de los libros ante villanos y malhechores” porque defienden los libros a capa y espada de quienes les rompen las esquinas, los pintan y los manchan de comida. Julio y Julia son tan viejos como el más viejo de los libros. Nadie sabe cuántos años tienen ni si han salido alguna vez de la biblioteca. Ellos dicen que no les hace falta ir a otro lugar porque con los libros se puede saber todo y viajar a cualquier parte del planeta. Cuentan que conocen el Triángulo de las Bermudas, que saben dónde está la ciudad perdida de Atlántida y que han almorzado con los monotenones, una tribu escondida en una selva desconocida aún sin explorar del África occidental. Dicen que Marte huele a manzana y Plutón a sandía, que

los dinosaurios eran rosas y que en el centro de la Tierra hay una ciudad de ratones.

—¿Qué te parece mi historieta? —le dice Nicoleta a Achús mientras le acaricia el lomo—. Estoy segura de que al maestro Idolalio le encantará.

Nicoleta se queda pensando. De repente sale corriendo en busca del abuelo Anacleto que está en el salón viendo su programa de televisión favorito.

—Abuelo Anacleto —dice Nicoleta— estoy haciendo una redacción sobre las bibliotecas y no sé cómo es posible que tantos libros hayan llegado a un mismo lugar. Abuelo, ¿cuál es el origen de la biblioteca?

— Nicoleta, esa es una pregunta muy difícil y no sé cuál es su respuesta —le dice el abuelo Anacleto. —Si quieres vamos a la biblioteca y les preguntamos a los bibliotecarios.

Y eso hicieron, Nicoleta y Anacleto fueron cogidos de la mano hasta llegar a la biblioteca del barrio. El abuelo Anacleto se fue a leer la prensa y Nicoleta se dirigió al mostrador donde Julio y Julia clasificaban nuevos ejemplares llegados de la India.

—Defensores de los libros ante villanos y malhechores —dijo Nicoleta— tengo una pre-

gunta muy difícil que haceros, una pregunta que ni siquiera me abuelo Anacleto ha sabido responder, ¿cuál es el origen de la biblioteca?

—Una pregunta verdaderamente interesante— dijeron Julio y Julia al tiempo y le extendieron a Nicoleta un papel con tres signaturas:

37 CLA alí

67 MAU fla

84 SIR pto

—En estos libros encontrarás la respuesta—le dijeron los bibliotecarios. Y Nicoleta se dirigió en silencio y con la cabeza inclinada en busca de los libros que le ayudarían a conocer el origen de la biblioteca.

Alí Bla Bla y los cuarenta ladrones

La signatura 37 CLA alí pertenecía a un libro titulado ALÍ BLA BLA Y LOS 40 LADRONES escrito por un señor llamado Claudio Centaurio. La historia decía así:

Alí Bla Bla, que no Alí Baba, era un pobre leñador que vivía con su esposa en la ciudad de Persia. Era un hombre bueno y bondadoso, humilde y muy amable con sus vecinos.

El pobre Alí Bla Bla no sabía la o como un canuto, no había aprendido a leer ni a escribir,

tampoco a sumar ni a restar. Por eso sus vecinos se aprovechaban de él. Cuando iba de puerta en puerta a vender la leña siempre le engañaban y en lugar de darle 6 monedas como Alí Bla Bla les pedía por cada saco de leña, los vecinos le daban 1 ó 2 y como el pobre no sabía contar se iba tan contento para casa sin saber que sus vecinos le habían timado.

Un día mientras Alí Bla Bla cortaba leña acompañado de su único asno escuchó lo que parecía ser el sonido de 40 caballos galopando. Y exactamente, Alí Bla Bla se subió a la copa de un árbol y pudo comprobar que se trataba de 40 ladrones con 40 sacos que galopaban a lomos de 40 caballos.

Los 40 ladrones con 40 sacos que galopaban a lomos de 40 caballos se pararon delante de una gran roca. Uno de los ladrones (el jefe jefeísimo) se bajó de su caballo y gritó con todas sus fuerzas ¡Ábrete sémola! La roca rugió y se quebró. Se hizo una grieta lo suficientemente grande para que los 40 ladrones con 40 sacos que galopaban a lomos de 40 caballos pudieran entrar.

Alí Bla Blá miraba atónito y en silencio. Pudo ver como los 40 ladrones que galopaban a lomos de 40 caballos ya no llevaban los 40

sacos. El jefe jefísimo se bajó de su caballo y gritó ¡Ciérrate sémola! Y la roca volvió a tomar su forma original.

Los 40 ladrones sin 40 sacos que galopaban a lomos de 40 caballos se fueron por donde habían venido. Alí Bla Bla pensó que como conocía las palabras mágicas él también podría entrar. Y así lo hizo. Bajó temeroso del árbol, se acercó a la gran roca y gritó ¡Ábrete sémola! La roca rugió y se quebró ante sus ojos.

Todo estaba oscuro pero a medida que se adentraba en la gruta pudo ver que en ella había montañas y montañas de libros. Alí Bla Bla volvió a gritar ¡Ciérrate sémola! Y quedó encerrado en su interior.

Alí Bla Bla no sabía leer pero enseguida quedó fascinado por aquel tesoro. Vio que había libros hechos de madera, de pergamino y de hojas de los árboles. Los había pequeños, medianos y tan grandes como palmeras. De repente la roca rugió y se quebró. Eran los 40 ladrones que galopaban a lomos de 40 caballos que volvían cargando 40 nuevos sacos.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has encontrado nuestro tesoro? —grito furioso el jefe de los ladrones—. A Alí Bla Bla le temblaban hasta las pestañas. —¡Hay que matarlo!

¡Hay que matarlo! —dijeron los 40 ladrones al tiempo.

—Por favor no me maten —dijo Alí Bla Bla con voz temerosa— yo sólo soy un pobre leñador que no sabe hacer la o con un canuto. No le contaré a nadie vuestro secreto. A cambio os regalaré cientos y cientos de troncos para que hagáis una hoguera y tengáis luz para leer vuestros libros.

Las palabras de Alí Bla Bla sonaron tan bondadosas que los 40 ladrones decidieron en asamblea no matarlo.

—¿Por qué 40 ladrones como vosotros roban libros en vez de oro y joyas? —preguntó Alí Bla Bla—. El jefe jefísimo le contó que ellos eran ladrones de libros, pero sólo de aquellos libros que la gente olvidaba en sus estanterías y dejaba de leer. Más que ladrones eran salvadores de libros olvidados. La gente no se daba cuenta de que esos libros desaparecían, ni siquiera los echaban de menos.

Así que los 40 ladrones los cogían, los metían en sus sacos y los guardaban en la gruta. Luego se sentaban a leerlos durante horas mientras comía palomitas de maíz.

—Yo no sé leer —dijo Alí Bla Bla—. Los 40 ladrones sintieron tanta lástima por él que

se ofrecieron a enseñarle. Primero le enseñaron las vocales y después todo el abecedario. Tras 102 días de mucho esfuerzo Alí Bla Bla era capaz de leer palabras pequeñas como col y sol, pero también otras tan grandes y largas como rocambolesco o guatarentomaterrominuloculo.

Los 40 ladrones dejaron que Alí Bla Bla entrara todos los días a la gruta para poder leer a cambio de que les trajera un saco de leña cada mañana. Alí Bla Bla se convirtió en el hombre más feliz de toda Persia y también en el más inteligente. Con aquellos libros aprendió a interpretar las estrellas, a hablar en cientos de lenguas y también a sumar, a restar e incluso a hacer difícilísimas raíces cuadradas. Así que nunca más pudo ser engañado por sus vecinos.

Un día Alí Bla Bla llegó pensativo a la gruta donde los 40 ladrones lloraban de la risa porque estaban leyendo un libro de chistes.

—¿Qué te pasa? —dijo el jefe jefísimo—. Alí Bla Bla les contó que en el pueblo en el que vivía había muchos niños y niñas muy pobres que no podían ir a la escuela porque tenían que ayudar a sus papás en el campo y en la casa. Ninguno sabía leer ni escribir así que cuando fueran mayores se reirían y les engañarían como sus vecinos lo habían hecho con él.

Los 40 ladrones se reunieron en asamblea y decidieron que ya era hora de dar a conocer su tesoro. Así que cogieron los 40 sacos y se montaron a lomos de sus 40 caballos. Guiados por Alí Bla Bla se dirigieron a todos los pueblos de la zona buscando niños y niñas que desearan aprender a leer. Llenaron los 40 sacos de miles y miles de niños y niñas de caras sucias pero felices.

Los 40 ladrones y Alí Bla Bla les enseñaron a leer y a amar los libros. A partir de aquel momento la gruta empezó a ser visitada por más y más niños, también por personas mayores y ancianos deseosos de conocer nuevas historias.

La gruta de los 40 ladrones dejó de ser un secreto y se convirtió en el primer lugar del mundo donde la gente acudía a leer. Sin duda este fue el origen de la biblioteca.

La tamborilera de Hamelín

Aunque Nicoleta era una de las niñas que mejor leía de su clase, a veces se trababa con algunas palabras. La historia de Alí Bla Bla le había parecido fascinante pero un poco difícil de leer.

Eso no le impidió ir en busca del siguiente libro que Julio y Julia le habían recomendado. Paseando su dedo por los libros comenzó a decir —67 MAT sil, 67 MAU abe y 67 MAU fla ¡Aquí está!— Cogió el libro como quien coge un tesoro, se sentó en un cojín y comenzó a leer LA TAMBORILERA DE HAMELÍN de Mauricio Picio.

Hace mucho, pero que muchísimo tiempo, cientos y miles de ratas decidieron quedarse a vivir en la hermosa ciudad de Hamelín donde vivían las personas más sabias del planeta.

Las ratas merodeaban por cualquier parte, roían las esquinas de los libros más antiguos, manchaban con sus sucias patas las biografías que los habitantes habían escrito para sí mismos y utilizaban como madrigueras los libros de filosofía y matemáticas.

Los intelectuales habitantes de Hamelín estaban muy preocupados porque veían que la invasión de ratas estaba haciendo peligrar su grandiosa colección de libros. Compraron matarratas, escobas para ahuyentarlas a escobazos y gatos para que se las comieran. Pero nada funcionó.

El desesperado alcalde hizo colgar en las demás ciudades un cartel que decía: “Daremos

una bolsa con 1000 monedas de oro a la persona que libre a la ciudad de Hamelín de las ratas”

A los pocos días se presentó ante las puertas de Hamelín una enclenque tamborilera a la que nadie antes había visto. El alcalde dio la orden de que abrieran las puertas para que pudiera pasar. La tamborilera entonces comenzó a dar pequeños golpes con su tambor y prometió a los habitantes que si la recompensa era suya liberaría a la ciudad de las molestas ratas.

La tamborilera comenzó a tocar una suave pero desagradable melodía. A las ratas sin embargo les debió encantar porque una a una fueron saliendo de su escondite para seguir a la enclenque muchacha.

Miles y millones de ratas siguieron a la tamborilera hasta el río que quedaba a las afueras de la ciudad. El tambor dio un fuerte golpe y en ese momento todas las ratas se sumergieron en el río para morir ahogadas.

La tamborilera volvió a Hamelín para obtener su recompensa pero las puertas de ciudad estaban cerradas. —Ya he cumplido con mi parte— dijo la muchacha— ahora dadme mi bolsa de monedas de oro y me marcharé. —¿Qué bolsa de monedas? —se escuchó decir al alcalde desde su balcón. Gracias y buenas tardes.

La tamborilera estaba muy enfadada porque aquella gente que aunque sabia, carecía de modales, no quiso cumplir con su parte del trato. —Pues entonces me llevaré lo que más queréis —dijo furiosa.

Una hermosa melodía comenzó a sonar. Ahora los libros y los manuscritos eran los que le seguían. Las mujeres y los hombres sabios intentaron impedirlo. Gritaban, lloraban, suplicaban, hablaban en latín, pero no consiguieron impedir que la tamborilera se llevara sus hermosos libros muy, muy lejos, tan lejos que los habitantes de Hamelín nunca supieron a dónde.

La ciudad de Hamelín se convirtió entonces en una ciudad triste y sin palabras y sus habitantes en personas incultas y silenciosas.

La tamborilera decidió construirse con todos aquellos libros un castillo para vivir donde las puertas, las ventanas, las mesas y las sillas estuvieran hechas de cuentos y de historias. Al cabo de un año el castillo estuvo construido. La muchacha era muy feliz porque hacia donde mirara había una historia que leer y con la que no aburrirse.

El castillo estaba construido en mitad del desierto. Cada vez que algún viajero pasaba por

allí en busca de agua y alimento, la tamborilera les dejaba pasar y disfrutar de los miles de libros que formaban su hermoso castillo.

Con los años aquel lugar fue haciéndose más y más famoso y cada vez era visitado por más personas. La gente se quedaba maravillada porque nunca antes habían visto un lugar con tantos libros para leer y disfrutar. Sin duda, amigos míos, esté fue el origen de la biblioteca.

Ptolomeo y los libros del mundo

Nicoleta estaba algo confusa porque ya no sabía si el origen de la biblioteca se debía a la bondad de Alí Bla Bla y los cuarenta ladrones o a la astucia de la tamborilera de Hamelín.

A pesar de ello se lanzó a la búsqueda del último libro. Su signatura era 84 SIR pto y su título PTOLOMEO Y LOS LIBROS DEL MUNDO. Lo había escrito hace ya muchos años, incluso antes de que naciera el abuelo de Nicoleta, una tal Sirénida Melénida. El libro estaba cubierto de polvo y tenía las hojas más amarillas que la cáscara de un limón. Nicoleta lo abrió despacio y lo leyó respirando lo más suave que pudo.

Ptolomeo fue un rey al que le obligaron serlo. Él no quería hacerse cargo de Egipto y menos participar en esas reuniones políticas que tanto le aburrían, además, él sabía que no tenía cualidades para ser un rey. Era gordo y bajito y en el trono se veía ridículo porque le colgaban los pies; no sabía dar órdenes porque con su voz de pito hacía reír a la servidumbre y eso de ponerle en el balcón para saludar a la población, lo odiaba y no podía evitar ponerse colorado como un tomate.

Todo el mundo se reía y se aprovechaba del pobre Ptolomeo. Le hacían zancadillas por las esquinas, le llenaban el trono de cucarachas y la cama de sardinas. Hasta que un día Ptolomeo se levantó de la cama con tanta rabia que salió al balcón con el gorro y el camisón y grito con todas sus fuerzas: —¡A partir de hoy nadie se reirá del pobre Ptolomeo!

Ptolomeo hizo llamar a sus aposentos al más sabio de todo Egipto para pedirle consejo. Antígono, que era así como se llamaba, le dijo que para ser un gran rey debía ponerse a estudiar. —¿A estudiar? —dijo Ptolomeo —eso es aburrido y carece de utilidad.

—No es una tontería lo que te cuento —dijo Antígono— , los mejores reyes del mundo

han sido primero grandes genios y grandes sabios.

Ptolomeo aceptó a regañadientes. Sin embargo había un gran problema. No podía estudiar porque no había libros para aprender ni para leer. En Egipto no existía un solo libro.

Así que Ptolomeo ordenó a todo su ejército que recorriera el mundo para traerle todos los libros que en él existieran. Ordenó también capturar a los más intelectuales del planeta. La tropa a cargo del generalísimo Pérdicus, saqueó todas las casas del mundo, reclutó todos los barcos que llegaban a puerto y metió en sacos a personajes como Euclides, Estratón, Herófilo y Arquímedes.

Al cabo de un año el ejército volvió a Egipto con toneladas de libros e intelectuales enfurecidos a los que hubo que encerrar en una habitación. Cuando las cabezas brillantes se calmaron, Ptolomeo les contó su situación. Les dijo que todo el pueblo se reía de él y que tenía que aprender para poder ser en un buen rey. Todos decidieron quedarse una temporada y ayudarle.

A base de clases de medicina, de zoología, de filosofía y geografía, Ptolomeo llegó a convertirse en un rey sabio. Era igual de bajo, seguía

teniendo la misma voz de pito y siempre que salía al balcón se ponía colorado, pero ya nadie se reía de él porque todo lo que decía era muy interesante y acertado.

Con la ayuda de la gente del pueblo se construyó un edificio inmenso para guardar todos los libros que se habían recopilado y para que Euclides, Estratón, Herófilo, Arquímedes y cualquier otro genio pudieran discutir sobre el mundo y escribir.

Así es como nació la primera biblioteca a la que se le conocería más tarde con el nombre de la biblioteca de Alejandría.

Nicoleta en la escuela

Nicoleta se sentía cansada de tanto leer así que cuando llegó a casa se quedó dormida. A la mañana siguiente se preparó para ir a la escuela. Estaba muy nerviosa porque tenía que leer a sus compañeros el trabajo que había escrito.

Cuando le tocó, después de Toni canicas, les contó todo lo que había averiguado sobre el origen de la biblioteca.

—El origen de la biblioteca es todo un misterio —les dijo Nicoleta — y también un lío. No

se sabe muy bien cuál fue la primera biblioteca de todas, si la gruta de Alí Bla Bla y los cuarenta ladrones, el castillo de la tamborilera de Hamelín o la de Alejandría. Todas tienen su misterio, su magia y su parte de verdad. Pero quizá lo importante no sea saber cuál fue la primera de todas. Lo realmente importante es saber que en el mundo hoy hay tantas bibliotecas como parques para jugar y tantos libros como niños y niñas. Es cierto que en ellas hay estanterías pequeñas, libros pequeños y sillas pequeñas para que nos podamos sentar, pero tienen todo lo necesario para que nuestro corazón y nuestra cabeza crezcan sin parar.

Relatos
de Bibliotecas
Primer Certamen Literario
de la Biblioteca Universitaria de Granada
se acabó de imprimir el día 24 de junio de 2012,
festividad de San Juan Bautista
en los Talleres de Imprenta
Comercial de Motril,
Granada.